CAPÍTULO SEGUNDO

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS NACIONALISMOS

*La Nación es una definición social
de una realidad colectiva.*

Alfonso Pérez-Agote

Las Naciones, las identidades nacionales y los sentimientos nacionalistas son fenómenos sociales de nuestra realidad histórica como seres humanos; todos ellos presentan una dualidad abstracta-material, ya que parten de conceptos, premisas e ideologías que desembocan en acciones y hechos concretos.

Si en el ámbito académico se ha venido hablando de los conceptos Nación e identidad nacional desde el siglo XIX, no por eso se puede deducir que los sentimientos nacionalistas surgen a partir de ese período histórico; lo anterior podría parecer contradictorio -tomando en cuenta que dicha etapa histórica es considerada el período en el que surgieron muchas de las Naciones que hoy conocemos- pues, se preguntarán algunos ¿cómo se puede manifestar el nacionalismo sin la existencia de una Nación? A lo que yo respondo, los sentimientos nacionalistas se relacionan con fenómenos históricos, sociales, culturales, religiosos y lingüísticos comunes, con territorios y características físico-climáticas; en suma, los nacionalismos han empezado siendo localistas, se han extendido a regiones, para finalmente identificarse con los idearios propuestos por los proyectos nacionalistas que políticos e intelectuales han elaborado como vías para la construcción social de las Naciones.

El estudio y la discusión académica en torno a los fenómenos Nación, identidad nacional y nacionalismo representan en la actualidad una larga lista de interpretaciones hechas por multitud de intelectuales.

En el presente trabajo no pretendo abarcar tan amplio campo; pero sí recurro a algunos de los postulados teóricos manejados hoy en día en el ámbito de la investigación, para poder, por un lado, contextualizar el tema de estudio -la representación literaria de la identidad yucateca-, y por otra parte, fundamentar mis opiniones particulares hechas sobre dicho fenómeno a estudiar.

Por estos motivos, en este segundo capítulo inicio presentando al lector postulados teóricos de intelectuales que han dedicado parte de sus análisis académicos a los fenómenos Nación, identidad nacional y nacionalismo; continúo con una aproximación general a los casos español y latinoamericano, haciendo una mención especial en lo tocante al ámbito mexicano. Selección teórica que he realizado partiendo de la comparación entre el conjunto de semejanzas y diferencias que presenta el fenómeno nacionalista en algunos de los ámbitos donde su desarrollo ha propiciado el surgimiento de interpretaciones académicas sobre el mismo.

2.1. CONCEPTUALIZACIÓN TEÓRICA.

Una sociedad humana se instituye oficialmente en Nación al constituirse en Estado Nacional. La identidad nacional se fundamenta jurídica y políticamente en dicho Estado, a partir de una racionalización justificativa con matices histórico-míticos. Como meta sociopolítica sus dirigentes se proponen el objetivo de organizar un Estado Nacional Soberano que objetivice lo subjetivo: el poseer una identidad nacional. El concepto de la nacionalidad es por lo tanto un hecho institucional, producto del acuerdo humano y normativizado por un conjunto de reglas constitutivas.

Edgar Morín (Gómez García, 2000:19) interpreta el sentimiento nacionalista común como el de una fraternidad mitológica, en la que el Estado-Nación representa el papel de la Patria, y que engloba amplias poblaciones, a menudo con diferentes orígenes. Dicho Estado-Nación es una entidad paternal/maternal. El Estado, de sustancia paternal, dispone de la autoridad que demanda obediencia. La Nación, de

sustancia femenina, lleva consigo las cualidades de la Tierra Madre/Madre Patria, del Hogar, y suscita sentimientos filiales-comunitarios. Esta relación da lugar a los sentimientos de fraternidad mítica representados en el percibirse como Hijos de la Patria.

Este proceso mitológico envuelve un carácter religioso que es sustentado a través de ceremonias de exaltación a sus objetos sagrados: bandera, himno, héroes. Como toda religión, es capaz de inspirar una amplia gama de sentimientos -amor, odio- y de actitudes -lealtad, devoción, fanatismo-.

El Estado-Nación tiene un sustrato material: su territorio. Y se percibe a través de la institucionalización de su propio proceso histórico. De esta manera presenciamos una rotación ininterrumpida que va de lo geofísico a lo mitológico, de lo político-religioso a lo cultural. El mito genera a la comunidad y al espíritu de solidaridad que la conforma. Y así, en una rotación autogeneradora del todo por sus elementos constitutivos y de los elementos constitutivos por el todo, el mito genera aquello que lo genera: el Estado-Nación.

Al referirse al origen del fenómeno nacionalista Anthony D. Smith y Eric Hobsbawm coinciden al afirmar que: "It is nationalism which engenders nations. Nationalism is not the awakening of Nations to self-consciousness: it invents Nations where they do not exist" (Smith en Hastings, 1997:9), "Nations do not make states and nationalisms, but the other way round" (Hobsbawm en Hastings, 1997:9).

Por lo que respecta al carácter de construcción social del nacionalismo, Eugen Weber y Adrian Hastings sostienen que la Nación no es una realidad dada sino un proceso continuo de construcción (Weber en Hastings, 1997:26), o dicho en otras palabras, que cada Nación es un constructo socio-histórico (Hastings, 1997:25). Ideas que comparto y que fundamentan la visión que doy a la presente investigación.

Otro de los autores consultados, David Miller (1997:36), explica el término Nación como cuerpos de personas unidas por características culturales comunes y el mutuo reconocimiento como compatriotas. Asimismo define a la nacionalidad como la comunidad que comparte

creencias y compromisos; cuya identidad es activa en cuanto a sus ideas en común, la toma de decisiones y el logro de resultados; se encuentra ligada a un territorio particular; se extiende en una comunidad histórica; y cuya cultura pública la distingue de otras comunidades. Características que he podido encontrar en la investigación aquí realizada sobre los distintos proyectos nacionalistas.

Ernest Gellner (1997:13) por su parte, concibe al nacionalismo como el principio político que sostiene que debe existir congruencia entre la unidad nacional y la política. Es por lo tanto, una clase de patriotismo que pasa a generalizarse e imperar bajo ciertas condiciones sociales: cultura homogénea; con un sistema educativo que mantiene en funcionamiento dicha cultura; en la que conviven poblaciones autónomas, fluidas y móviles; con subgrupos internos poco flexibles. Las Naciones son entendidas en este sentido, como los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los seres humanos. Cuando los habitantes de un territorio o los hablantes de una lengua reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de una común cualidad de miembros, ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase los convierte en Nación. En la misma línea de ideas, Ernest Renan (Miller, 1997:40) afirma que la existencia de una Nación depende de la creencia compartida que sus miembros poseen, y del deseo unificado de continuar su vida en común. Conjunto de elementos que considero pueden justificar mi interpretación acerca de la existencia de un nacionalismo vivido por los habitantes de Yucatán durante su proceso histórico, al igual que justifica la validez del nacionalismo mexicano.

Gellner también distingue entre nacionalismo cultural y nacionalismo voluntarista. El primer caso se da cuando los seres humanos comparten la misma cultura, entendida ésta como un sistema de ideas y signos, de asociaciones, y de pautas de conducta y comunicación. El tipo llamado voluntarista lo encontramos en los seres humanos que se reconocen como pertenecientes a la misma Nación. El autor citado, también hace referencia al nacionalismo de diáspora, al que percibe como una subespecie del nacionalismo, caracterizado por

grupos sobresalientes económicamente, de población urbana altamente alfabetizada, cosmopolita y minoritaria, cuyo principal problema es la adquisición de un territorio, y que experimentan una transformación social, al pasar en algunos casos, de ser grupos urbanos a convertirse en rurales, aunque sea por corto tiempo, así como por el enfrentamiento que tiene lugar con los pobladores del territorio al que llegan, y en el que luchan por mantener viva su identidad cultural; nacionalismo de diáspora que abordaré en esta tesis al referirme al fenómeno del exilio español en el caso mexicano.

Comparto la opinión de Andrés de Blas (1995:16) al manejar la separación entre nacionalismo político y nacionalismo cultural. Según el autor, el primero de ellos tiene un sentido funcional y pragmático, es fuente de legitimidad y generador de lealtad hacia una forma de Estado-Nación; la Nación política está por lo tanto, formada por Naciones culturales basadas en la lealtad; mientras el segundo se refiere a la acentuación de rasgos emotivos y comprometidos, coherentes con el modo de concebir la Nación como objeto en sí, mejor que como artefacto al servicio de la vida política.

En el mismo sentido, estoy de acuerdo con Anthony D. Smith (Hastings, 1997) cuando afirma que uno de los conceptos de Nación es precisamente el pluralista, es decir, el conjunto de comunidades diversas unidas por una cultura pública común representada en una Constitución, que conservan características regionales y reconocen al conjunto de culturas que la conforman.

La Nación representa entonces al conjunto de seres humanos regidos por las mismas leyes. Por lo que tener una nacionalidad no es un atributo inherente al ser humano, sino dependiente de los hechos institucionales. En este sentido se da un fenómeno que aparentemente va en dos direcciones: por un lado la Nación permite la existencia de una nacionalidad, sin embargo, del nacionalismo puede a su vez surgir la Nación. Es precisamente la construcción social de la identidad nacional la que valida el surgimiento y la permanencia de las Naciones.

Coincido igualmente con Adrian Hastings (1997:29) al señalar que un Estado puede existir con multiplicidad de etnias, empleando

diferentes lenguas, e incluso con sistemas legales y de gobierno de ámbito local. Estado en el que sus miembros tienen un sentido de su historia, leyes, y sistema educativo; compartiendo la idea de patriotismo en un nivel consciente. Lo multiétnico puede fusionarse en una única Nación, sus diferencias culturales pueden disminuir, desaparecer, o permanecer como características regionales o de folklore local, e incluso persistir a través de lenguas minoritarias que reconocen sus propias fronteras con respecto a la Nación de la que forman parte.

Fundamento también mi postura con la visión de Fernando Savater (1996:5) cuando sostiene que el Estado democrático moderno es siempre plurinacional, es decir que acoge bajo el rótulo histórico de una nacionalidad genérica diversas tradiciones nacionales que han aprendido a relativizarse como fuentes exclusivas y excluyentes de legitimación política. La Nación es en este sentido una institución cultural. La identidad colectiva realmente existente está compuesta de tradiciones y préstamos, de cosas internas y externas, de gente con raíces familiares autóctonas, de inmigrantes, y sobre todo de mestizaje entre lo uno y lo otro. Ninguna identidad colectiva de un país está desligada del resto de las identidades que lo conforman ni puede desligarse de ellas sin perder parte de su propia sustancia.

El análisis que realizan Savater, Hastings, Smith y De Blas, permite sostener mi reflexión personal en cuanto a la coexistencia de varios nacionalismos -fundamentados en otras tantas nacionalidades históricas- dentro de una misma Nación, en el caso de este análisis me refiero al nacionalismo mexicano y al *nacionalismo-yucateco*¹, al margen de la existencia de otros. Reflexión que puede parecer obvia en términos teóricos, pero que no es reconocida -hasta el momento- por el Estado mexicano, como sí lo hace al legitimar su carácter pluriétnico, plurilingüístico y pluricultural².

¹ Terminología que utilizo para establecer una distinción entre los conceptos de nacionalismo mexicano, nacionalismo-yucateco y regionalismo yucateco.

² La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en el Título Primero, Capítulo Primero, Artículo Segundo menciona el carácter pluricultural de la Nación mexicana, se refiere a la preservación de sus lenguas y a la educación bilingüe, y

2.2. PROYECTOS NACIONALISTAS.

¿Existe una única vía por la cual un colectivo humano se conforma en Nación? Las historias nacionales nos demuestran que no. Ha habido pueblos que han conformado sus señas de identidad nacional a través del territorio, de la etnia, de la lengua, de la religión, de la guerra, de la historia nacional, de la educación oficial, del arte nacionalista, de las tradiciones culturales, de los discursos oficiales, o de la suma de dos o más de alguno de estos elementos.

Para ilustrar lo anteriormente dicho, he analizado algunos de los varios y variados proyectos nacionalistas de las hoy Naciones, centrándome en el ámbito hispano/hispanoamericano; ya que pudiera pensarse que existiendo, en cierta medida, semejanzas culturales y lingüísticas, y formando parte de un territorio que les fue común, sus proyectos nacionalistas deberían, por ende, serlo también. Sin embargo, el surgimiento de distintas Naciones, e incluso la permanencia de fuertes regionalismos dentro de algunas de ellas, demuestra que la interpretación nacionalista no les ha sido común, y en muchos casos, tampoco semejante.

Tanto en España como en los países hispanoamericanos se han gestado diversos proyectos nacionalistas, principalmente durante los siglos XIX y XX, teniendo, desde luego, sus antecedentes históricos e ideológicos en etapas anteriores a ellos. Factores como la historia, la religión, el territorio, la lengua y/o la etnia, han sido tomados como referencia para la identificación de ámbitos nacionales; y han sido enarbolados por los distintos proyectos nacionalistas llevados a cabo por los políticos, militares e intelectuales de estos países.

Expongo a continuación algunas de las interpretaciones académicas hechas acerca de los proyectos nacionalistas españoles e hispanoamericanos, particularizando en el papel que han llevado a cabo los factores que intervienen en el proceso de la construcción nacional, y en la manera como se ha ido recurriendo a ellos

dependiendo de las características propias de cada zona y de los intereses habidos en los diferentes momentos históricos. Recorrido teórico que no agota la temática nacionalista pero que orienta y fundamenta la presente investigación.

Después de presentar las reflexiones que sobre los proyectos nacionalistas españoles e hispanoamericanos han llevado a cabo algunos de los estudiosos del tema, daré paso a mi propia interpretación acerca del caso mexicano intercalándola a la de varios de sus investigadores, para luego argumentar sobre la representación discursiva del nacionalismo.

2.2.1. EL FENÓMENO NACIONALISTA EN ESPAÑA, APROXIMACIÓN GENERAL.

Para el caso español, Andrés de Blas defiende que el Estado fue el agente que fomentó la creación de la Nación española; a lo que Agustí Colomines agrega el papel desempeñado por el ambiente intelectual en general, y el historicista en particular. Atribuir a los Reyes Católicos el nacimiento de la nacionalidad española fue un argumento que, con un sentido liberal, adquirió validez académica durante la Restauración. Concepción que unía a la Monarquía Castellana con la Monarquía Goda, llegando de esta manera hasta la Hispania Romana. (http://bv2.gva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/Id entidades_comunica.htm).

José Álvarez Junco afirma en este sentido que, más que política, la identidad común de los pueblos de España ha sido religiosa; teniendo en su formación identitaria un papel importante el sentido de misión y de voluntad expansiva, así como los episodios de la resistencia popular, de la Constitución de Cádiz, del pueblo como defensor colectivo de la independencia; y de igual modo el lenguaje del catolicismo contrarreformista que propugnaba por los valores, las costumbres y la tradición. (<http://www.uc3m.es/inst/BC/SEMINARIOCONSTITUCION.htm>).

Por su parte, Juan Pablo Fusi (2003:294-295) señala que en la España del siglo XIX surgieron los nacionalismos catalán, vasco y gallego; durante la II República Española (1931-1936) se intentó una política de concesión de autonomía a dichas regiones nacionalistas. La dictadura del General Francisco Franco (1939-1975) impuso el nacionalismo ultra españolista, al que el autor explica como: exaltación de la idea de España; glorificación de su pasado religioso, imperial y militar; el ejército visto como símbolo de la unidad nacional; el catolicismo asumido como esencia de la nacionalidad española y de la llamada *hispanidad*; y el Estado centralista, autoritario y unitario, como fundamento de la Nación.

2.2.2. EL NACIONALISMO EN LATINOAMÉRICA, ALGUNOS EJEMPLOS.

Miguel Rojas sostiene, que en lo concerniente a la América Hispana, hay un conjunto de factores comunes en el surgimiento de la conciencia nacional: la valoración de la lengua, el llamado *castellano-americano*, y el papel de la imprenta y de la prensa. En la sociedad colonial, los individuos se encontraban estructurados en castas, unidos oficialmente por vínculos religiosos y dinásticos, por lo que le debían obediencia al Rey español y a la Iglesia Católica; con las independencias nacionales, los súbditos fueron reemplazados por los ciudadanos, estando unidos, en lo sucesivo, a la Patria. Por lo que se generó un pasado como referente; seleccionando, creando y difundiendo imágenes que cimentaran la identidad nacional; privilegiando el papel de determinados elementos, que fueron desde los símbolos nacionales, las festividades conmemorativas, los sucesos rememorados por la historia nacional, las tradiciones religiosas y culturales, las artes y fiestas populares, los lineamientos educativos específicos, los proyectos políticos, la literatura nacionalista, hasta la toponimia urbana, los monumentos, la arquitectura, la museografía, la música típica, las referencias a una flora y fauna nacionales; llegando así a la transformación de fenómenos históricos en fenómenos

naturales: *lo latinoamericano, lo mexicano, lo argentino*, etcétera. Es preciso aclarar en este punto, que, en ocasiones, los proyectos nacionalistas no han sido los mismos dentro de la propia Nación; definiéndose como europeístas/indigenistas, o con ideologías de derecha o izquierda.

(http://bv2.gva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/Id entidades_comunica.htm).

Por su parte, Edmundo Heredia plantea que el nacionalismo latinoamericano ha estado basado en el ejercicio de la soberanía territorial; pues poseer y controlar un espacio de forma exclusiva le permitiría al Estado la propiedad sobre la población habitante de dicho espacio, y le otorgaría el derecho incuestionable de diseñar intelectualmente el territorio, construyendo la nacionalidad que diera sustento al Estado-Nación.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/Id entidades_comunica.htm).

A) América del Sur.

Laura Malosetti y Diana Beatriz Wechsler han señalado en sus investigaciones sobre el Cono Sur Americano, que la construcción de las identidades nacionales durante el siglo XIX, estuvo definida por la celebración de fechas y acontecimientos identificados como episodios fundantes de las nuevas Naciones. Por lo que se nacionalizaron al mismo tiempo el paisaje, los personajes populares típicos, las costumbres locales, las fiestas públicas, los héroes y las gestas patrióticas, con el afán de legitimar simbólicamente a las Naciones. El uso de divisas y colores simbólicos fue utilizado para representar y distinguir las identidades colectivas. Ambas investigadoras consideran importante el papel jugado por los viajeros y sus posteriores representaciones literarias e iconográficas sobre esta zona durante ese período.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/Id entidades_comunica.htm).

Al decir de Graciela Montaldo fueron las formas de modernización política y cultural las que preocuparon permanentemente a los constructores del Estado-Nación en América del Sur.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Por su parte, Domingo Ighina, investigador de la *Universidad de Córdoba*, en sus análisis sobre la identidad argentina, hace énfasis en el papel desempeñado por Ricardo Rojas, historiador de la literatura argentina, como constructor intelectual de este nacionalismo. Sitúa al primer nacionalismo del país en las primeras tres décadas del siglo XX, cuando a través de la historia y de la literatura se intentó dar, tanto a las élites como a los sectores populares, información sobre el territorio nacional, construyendo un imaginario de la Nación, mediante la elaboración de una síntesis simbólica de su pasado legendario, de sus intereses y proyectos comunes como sociedad, subordinando la cultura a la política. Se promovió la conciencia territorial, dotando de un tiempo al espacio; las crónicas contribuyeron a contemporizar la historia dentro de los marcos occidentales-europeos, privilegiando los testimonios y memorias de campañas militares, de las luchas contra los naturales, los relatos sobre la hispanidad y la aristocracia hidalga; creando un conjunto de leyendas y relatos legendarios cuyo centro simbólico Platense se insinuaba como lo propio, alejando las vinculaciones con las regiones andinas, y contrarrestando el peligro de la desnacionalización que suponía la presencia masiva del inmigrante en la capital del país y en sus zonas más productivas. Este proyecto nacionalista limitaba a la nacionalidad argentina en dos dimensiones: desde los españoles y hasta la cordillera de los Andes; por lo que el diseño del territorio y de la nacionalidad debía recaer en el grupo social formado por los hidalgos hispano-criollos, según señalaba el propio Ricardo Rojas en su obra *Blasón de Plata*, publicada por primera vez en 1910.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Murillo de Carvalho ha destacado el uso de la naturaleza como fuente de nacionalismo utilizada por la intelectualidad y la prensa chilena durante el siglo XIX, destacando en este sentido la figura de Andrés Bello. Durante esta época, Chile intentó la consolidación de los Estados Nacionales a través de la lectura nacionalista y las campañas de alfabetización, buscando lograr la homogeneidad cultural, según afirma Beatriz Bragoni. En este sentido, Lilia Ana Bertoni señala que la construcción de la nacionalidad chilena a finales del siglo XIX, estuvo basada en los actos escolares patrióticos, los desfiles realizados por soldados, gimnastas y escolares, y las celebraciones y homenajes a los héroes de la independencia.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Con respecto al caso chileno, Bernardo Subercaseaux opina que el discurso de la homogeneidad se implementó con éxito por la élite, generando la autoconciencia de una Nación que se construyó como culturalmente europea, *la Suiza o la Inglaterra de América Latina*, generando la ideología de la llamada excepcionalidad de Chile. (http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

En el proceso de incorporación de los nacionales bolivianos a la comunidad de ciudadanos, las elecciones actuaron en calidad de una matriz de reconocimiento y representación e identificación, que les aseguraba certidumbre sobre sí mismos y sobre el mundo que habitaban. La identidad de los sujetos en tanto miembros de la Nación boliviana estaba asegurada en la medida en la que participaban en la formación y mantenimiento de la comunidad de ciudadanos, por ser asumida ésta como referente de reconocimiento grupal, concentrándose tal operación en la participación en los comicios; según declara Marta Irurozqui en sus investigaciones sobre la construcción de la identidad boliviana.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Luis Ricardo Dávila, investigador de la *Universidad de Los Andes*, apunta acerca de la identidad venezolana, que la independencia de Venezuela creó las condiciones para la formación del Estado, y éste fue fundando la Nación, organizando la voluntad y la personalidad nacionales, y erigiéndose en instrumento de la Nación. La historia patria impuso simbólicamente la imagen de cierta unidad nacional con la intención de salvaguardar la identidad política, a lo que contribuyó la historiografía del siglo XIX. Esta historia patria justificó la estructura de poder y la estructura social criolla, así como el papel de los independentistas como *creadores de la patria*; por lo que se puede decir que la historia nacional sirvió como recurso conceptual que legitimaba el proyecto nacional venezolano.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Dávila sostiene que la conciencia nacional venezolana se ha definido históricamente en términos diferenciadores respecto a las nacionalidades española y colombiana. La conciencia histórica patriótica sirvió de base para el desarrollo de la conciencia social y política. Los discursos sobre la Patria o la Nación fueron los encargados de construir referentes identitarios, al contribuir a la asimilación de una historia común y de una conciencia de unidad. A través de la veneración a los héroes y a la Nación, se fue construyendo la identidad, modelando la conciencia nacional, legitimando el poder político y del Estado, a lo largo del siglo XIX en Venezuela. Estado que contribuía a su vez a la creación de la Nación a través de las élites. Se insistió en la paz civil como fundamento para la construcción del sentimiento nacionalista, fomentando el patriotismo mediante la adopción de recursos simbólicos, como fueron el himno nacional y el escudo de armas, y a través de las instituciones culturales del país.

En el fenómeno de la construcción de la identidad peruana han confluído dos proyectos, según sostiene Zulma Palermo, investigadora de la *Universidad Nacional de Salta* (Argentina); por un lado tenemos al proyecto criollo y por el otro al proyecto indígena. Por lo que coexisten dos imaginarios nacionalistas, uno de tradición colonial, y otro basado

en un modelo liberal; ambos situados en el siglo XIX. Durante el siglo XVIII, la oposición fue: españoles (o europeos)/indios. La intelectualidad, los discursos metropolitanos, la élite criolla, la escritura literaria como modelizadora del imaginario nacional, crearon un proyecto que se basaba en las utopías de la vida independiente de América Latina. Mediante la literatura nacional, se interpretaba y se valoraba la vida social, política y académica. El proyecto nacionalista peruano construía su nacionalidad a partir del desconocimiento de amplios grupos poblacionales, como eran las etnias indígenas y negras; a todo lo cual se le daba un carácter pedagógico desde los discursos oficiales.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Ecuador también realiza su proyecto nacionalista basándose en la idea de una República criolla, de la que quedan excluidos los mestizos, indios y negros, según sostiene Jorge Núñez. El poder político estuvo compartido con grupos militares de origen extranjero; las alianzas de oligarquías regionales manejaron el poder monopólicamente, impidiéndoles el acceso, a los sectores sociales subordinados o marginados del sistema. Por lo que se formaron Repúblicas oligárquicas, en las que una minoría culta, surgida de la clase terrateniente, expropió al pueblo el poder de decisión soberana, y construyó un sistema político hecho a la medida de sus intereses. Dichas Repúblicas, que surgieron históricamente como negación del colonialismo, mantuvieron los mecanismos de dominación colonial sobre los indígenas y los negros.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Óscar Almario, investigador de la *Universidad Nacional de Colombia*, señala que la identidad nacional colombiana se dotó de una identidad intermedia entre la identidad provincial y el nacionalismo de Estado; fenómeno propiciado por los antecedentes coloniales y la configuración de una región histórica esclavista y aristocrática, cuyo rasgo fundamental de identidad remitía al sistema social de castas.

Esta identidad propiciada por los sectores dirigentes, sirvió de referente para acelerar y definir dinámicas de diferenciación y distinción étnicas que provenían de la experiencia colonial, y que persistirían durante el sistema republicano. El citado investigador sostiene que no existía como una causa previa a la independencia, una conciencia nacional colombiana, lo que existía era la nacionalidad española, compartida por españoles y americanos. La relación entre el Estado, la Nación y las etnias en Colombia, se caracterizó por el monopolio de la representación nacional por los grupos etnocentristas y excluyentes, que se consideraban herederos de la gesta independentista, y por ende, la manifestación de la nacionalidad; grupos que se encontraban estrechamente vinculados al poder eclesiástico. No obstante la ruptura política con España y la adopción del imaginario republicano y sus instituciones, la élite siguió fiel a la herencia cultural católica e hispánica. La ideología liberal por su parte intentaba asimilar, integrar y homogeneizar a las sociedades indígenas, negras y de mestizos pobres. Durante el siglo XIX se intentó la construcción del *otro* representado en el indígena, al negro simplemente se le negó. Es a partir del siglo XX que los intelectuales colombianos empezaron a mirar a los sujetos sociales excluidos de la representación oficial; pensando a Colombia y a sus regiones como colectividades heterogéneas.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

El investigador Carlos Alberto Patiño opina con respecto al caso colombiano, que los regionalismos han jugado un papel opositor a los proyectos nacionalistas del Estado y sus instituciones. Por lo que en Colombia no ha existido una imagen nacional como elemento identitario. El Estado colombiano se caracteriza por su herencia colonial administrativa; al momento de la fundación de la República, existía una separación entre los grupos que dirigían a la sociedad y los que la conformaban; los primeros tenían como modelo de organización y estructuración del Estado y la Nación las referencias europeas, y los segundos establecieron límites alrededor de sus localidades y regiones. Al momento de la independencia, la Nueva Granada estaba

conformada por nueve regiones semiautónomas; cada una con complejos urbanos diferenciados, con economías separadas, con rutas de transporte conectadas directamente con el comercio internacional, a la vez que desconectadas del comercio interregional, con dispositivos de gobierno y administración locales. La mayoría de las fuerzas militares, en el momento de la independencia (1810) hasta bien entrado el siglo XIX, eran provistas por Venezuela. Hacia la mitad del mencionado siglo, el Estado colombiano inició el reconocimiento del territorio sobre el que gobernaba. Todo esto es, en parte, comprensible -opina el autor- si se toma en cuenta que esta Nación surgió en 1810 como República de Colombia o la Gran Colombia, incluyendo los territorios del Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Audiencia de Quito; en 1830 se fragmentó en tres Repúblicas: Venezuela, Ecuador y Nueva Granada; en 1858 intentó recuperar Venezuela y Ecuador, denominándose Confederación Granadina, en un principio y posteriormente, Estados Unidos de Colombia en 1863; y finalmente asumió el nombre de Colombia en 1886. La historia nacional se empezó a proveer en la educación como elemento integrador a partir de 1910; los símbolos patrios, como la bandera, el himno, las fiestas nacionales, los escudos y la moneda nacional, fueron creados a finales del siglo XIX. A mediados del siglo XX las editoriales intentaron crear un negocio nacional de libros. Hoy en día, los intelectuales asociados al estudio de la violencia y de la guerra están reconstruyendo indirectamente, la identidad colombiana; identidad que se construye pasando por los relatos de los intelectuales y por los medios de comunicación.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

B) América Central y el Caribe.

Víctor Acuña apunta que durante el siglo XIX en Centroamérica, como en Europa y en el resto de América, la Patria era el lugar en el

que se nacía, mientras que la Nación era el conjunto de los ciudadanos; conceptos que irían cambiando con el paso del tiempo.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Para el caso guatemalteco, Alexander Jiménez y Víctor Hugo Acuña sostienen que durante la década de 1820, Patria era un término diferenciado cuyo referente era complejo, ya que podía designar América, Guatemala, la provincia o la ciudad del nacimiento; y algo parecido ocurría con el vocablo Nación; en Centroamérica en particular y en el resto de la América española en general, era un concepto político que designaba a la comunidad de ciudadanos del Imperio; Nación era el conjunto de la Monarquía Española a principios de 1800. A partir de la década antes mencionada, Nación comenzó a designar algo más restringido y localizado: América, Guatemala. Los mencionados autores, señalan que un hecho propio y significativo de la construcción de la nacionalidad en América Central es que su primera fase apuntó a la consolidación de una comunidad política de ciudadanos, y sólo posteriormente apareció la necesidad de apelar a la idea de Nación cultural. En el momento de planear la construcción de la Nación no había referencias étnicas o una identidad cultural preexistente que legitimara un proyecto nacionalista. Por lo que cada Estado centroamericano intentó construir dentro de sus fronteras esa comunidad política, dando así inicio a proyectos de invención de Naciones a partir de la diseminación de imaginarios políticos y culturales nacionales.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Consuelo Naranjo, investigadora del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (España), señala que la construcción de la nacionalidad cubana estuvo basada en un proyecto político nacionalista fundamentado en los conceptos de cultura, etnia, historia y literatura. La población blanca era vista como la portadora de la identidad nacional; la historia y la literatura reforzaron el estereotipo nacional. La Nación descansaba en el campesino blanco, descendiente del español.

La cultura y la unidad étnica (blanca) eran sinónimos de la identidad y la Nación cubana. La intelectualidad cubana del siglo XIX y principios del XX definía a la cubanidad como el sector de la población blanca. La élite blanca manipuló la idea de temor ante la africanización y la subversión del orden establecido, para legitimar sus propios discursos, su proyecto político y su autoridad socio-cultural. En la elaboración del imaginario nacional, los intelectuales, médicos, historiadores y literatos eligieron elementos culturales y étnicos que representaran a la comunidad cubana, de donde la población de color se encontraba ausente. La corriente migratoria de antillanos y chinos era vista como un factor de riesgo, que podría llevar a la pérdida de la nacionalidad cubana, de la integridad nacional, de los valores de la cultura cubana, que restaría unidad a la Nación cubana. Raquel Álvarez agrega en este sentido que los elementos étnicos tuvieron importancia en la formación de la nacionalidad cubana y en su posterior desarrollo.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/documentos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

2.2.3. MÉXICO, UNA NACIÓN, VARIOS PROYECTOS NACIONALISTAS.

Después de haber repasado algunas de las investigaciones realizadas acerca de los proyectos nacionalistas españoles e hispanoamericanos, y teniendo en cuenta que el objeto de estudio de la presente tesis -la identidad yucateca en su representación literaria- se localiza en el ámbito mexicano, expongo de manera breve cuál ha sido el proceso histórico que ha ido permitiendo la gestación de la construcción social de la identidad nacional mexicana, a través de las diversas etapas históricas que ha recorrido el país, de los distintos objetivos nacionalistas que ha intentado alcanzar en cada una de ellas, y de los recursos que ha manejado para llevar a cabo sus proyectos nacionalistas; para lo cual, uniré a mi propio discurso la voz de algunos de los académicos y escritores que han abordado la temática aquí analizada.

“Los mexicanos han intentado dar una respuesta a la interrogante sobre...nación a lo largo de su historia. Existen...momentos cumbres de esta definición. El primero de ellos...en la postrimerías del siglo XVIII y el último en las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX...periodo de constante planteamiento de la cuestión nacional, con la presencia...de tres mundos...el indígena, el hispano y el estadounidense.” (Blancarte, 1994:11).

Por lo que concierne al ámbito mexicano, establezco el marco histórico a partir del siglo XVIII, pues es ahí donde me parece se inician las circunstancias que en el siglo XIX se concretizarían con el surgimiento de México como Nación independiente; antecedente que propongo partiendo del hecho de que siempre es necesario echar una mirada hacia los fundamentos del fenómeno que se pretende observar, pues nada se origina de manera espontánea sino que es la continuación de numerosos factores entrelazados. La existencia de México como Nación, su definición política, e incluso su propia territorialidad (durante el período colonial la Nueva España contaba con aproximadamente el doble de territorio del actual), son hechos fácilmente detectables a partir de su vida independiente.

A) Siglo XVIII.

Durante el siglo XVIII, la entonces Nueva España, experimentó diversas facetas en su interior. En el aspecto político continuaba siendo un Virreinato; en el ámbito religioso vivía un fuerte catolicismo que sin embargo permitía la permanencia de muchas de las prácticas religiosas indígenas; el entorno militar había iniciado una transformación que sería decisiva para las consecuencias futuras: se empezaba a militarizar a los grupos indígenas dotándoles de instrucción y de armamento.

El ambiente social estaba caracterizado por una división estamental que se basaba en la reglamentación ocupacional de los diferentes grupos sociales, y en la que los factores étnicos

desempeñaban también un papel clasificatorio. Dentro de esta división social se encontraban los españoles venidos de la Península Ibérica, razón por la que eran llamados *peninsulares*; los hijos de españoles que hubieran nacido en América, constituían el grupo de los *criollos*. Estos últimos tenían menos posibilidades de ocupar los puestos altos dentro de la actividad política, militar o religiosa. Las múltiples combinaciones que se daban entre los diferentes grupos sociales en su conjunto recibieron el nombre de *mestizos*, pero en la práctica comprendían una larga lista de diferentes denominaciones. Los indígenas constituían otro de los grupos sociales, aunque pertenecieran a diferentes culturas; tenían la categoría de vasallos españoles según las leyes de la época, aunque en la práctica la inmensa mayoría de ellos vivía en circunstancias de servilismo e incluso de esclavitud. El último grupo social estaba integrado por los esclavos quienes carecían de derechos.

El aspecto educativo era dirigido y controlado por la Iglesia Católica, y al igual que sucedía con los estamentos sociales, éste se encontraba de igual modo dividido. En términos generales, tres grandes grupos ejercían esta actividad; el estamento superior era educado por la Compañía de Jesús, comúnmente llamada de los Jesuitas o Tercera Orden, por haber sido la tercera congregación religiosa en llegar a la Nueva España; la educación del estamento medio estaba a cargo de los Dominicos, y la del estamento bajo en manos de los Franciscanos. La Nueva España contaba con numerosas escuelas, internados, orfanatos, parroquias y noviciados; y en todos ellos se impartía la instrucción de la época que era predominantemente religiosa. Además el Virreinato contaba desde 1553 con una Universidad, la *Real y Pontificia Universidad de la Nueva España*, establecida en la Ciudad de México.

La vida cultural estaba vigilada por las autoridades religiosas. Se prohibía la impresión y/o circulación de cualquier obra que no se ajustara a las disposiciones católicas (la imprenta se estableció en la Nueva España en 1539). Y como era costumbre general en la época, la

educación estaba dirigida al sexo masculino, por lo que las mujeres recibían únicamente instrucción elemental.

Este siglo XVIII experimentó diversos acontecimientos. El grupo formado por los criollos empezó a mostrar su descontento con su propia situación. Los mismos Jesuitas, contraviniendo las órdenes civiles y religiosas, basaron su práctica educativa en la discusión de muchos de los libros censurados; instruían desde las ideas de la Ilustración Francesa: libertad, igualdad, derechos del hombre. Del otro lado de la esfera social hubo muchas manifestaciones indígenas a través de las cuales se protestaba contra la situación de precariedad y explotación en la que vivían. Estos hechos internos se asomaban hacia los sucesos del exterior: la Revolución Francesa; la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica; el apoyo dado por España a las colonias americanas que buscaban la independencia, apoyo motivado probablemente por las relaciones tirantes que existían en ese momento entre España e Inglaterra. En medio de esta serie de acontecimientos la intelectualidad novohispana se ocupó de su propia identificación como sujeto social.

“...Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700)...tuvo...en cuenta el incipiente espíritu regional-nacionalista de los criollos de su época, los cuales fundamentaban ya su criollismo en el pasado indígena...Francisco Javier Clavijero (1731-1787)...está...al servicio del incipiente nacionalismo criollo mexicano...” (Ortega y Medina en Blancarte, 1994:49-53).

En la segunda mitad de este siglo XVIII se dio el cambio entre la Casa de Austria y la Casa de Borbón, cambio que tuvo diversas consecuencias en la vida de la Nueva España. Durante la primera de estas Monarquías españolas cada sector social tenía un lugar asignado, algunos de los cuales gozaban de privilegios y/o exenciones, y en los que se intentaba quedarán de manifiesto las diferencias entre el grupo conquistador/colonizador y el conquistado/colonizado. La semiautonomía otorgada por los Austrias a los denominados *notables*

indianos (criollos en su mayoría) fue centralizada por los Borbones; quienes también limitaron el poder eclesiástico, ejemplo de esto último fue la expulsión de los Jesuitas en 1767.

B) Siglo XIX.

El inicio del siglo XIX constituyó el último período de la vida como Virreinato de la Nueva España. La invasión napoleónica (1808-1813) dejó al Rey Fernando VII fuera del trono español, situación que aprovecharon los criollos para dar forma a las ideas de libertad en las que habían sido educados. Contaban además a su favor con el recién constituido ejército integrado por los indígenas. El caos que estaba viviendo España y la creciente situación de descontento que se vivía en la colonia, se aunaron para dar lugar a la lucha de independencia que duraría de 1810 a 1821. España reconoció oficialmente la independencia de México en 1836.

A partir de 1824 la Nación se constituía en una República Federal bajo la denominación de Estados Unidos Mexicanos, ambos hechos influenciados por el también naciente vecino del norte. Dividía sus Poderes en Ejecutivo, Legislativo y Judicial, al modo establecido por Francia.

Y diseñaba su bandera nacional con las ideas simbólicas de libertad, igualdad y religión; de esta forma dejaba por sentado su nueva independencia política, el paso del vasallaje al concepto de ciudadano, y su apego a la religión católica, ya que un sector de ésta había contribuido con su ideología e incluso con su participación activa en el proceso del nacimiento del nuevo país (el sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla, será llamado en adelante el *Padre de la Patria*, y el sacerdote José María Morelos y Pavón, será designado como el *Siervo de la Nación* -terminología que puedo vincular a las conceptualizaciones míticas que expuse en el primer apartado de este capítulo-). Del mismo modo se hacía un rescate del pasado anterior a la vida colonial; sumando a las dichas tres ideas, simbolizadas en los colores de la bandera nacional, la imagen que representaba la fundación de una de

las principales ciudades indígenas: Tenochtitlán, sitio donde se había construido la Ciudad de México; es decir, la imagen de un águila devorando a una serpiente sobre un nopal³ arraigado en un islote; leyenda que recordaba el designio de los dioses aztecas de terminar con la peregrinación de su pueblo y establecerse de manera definitiva; mandato que, pudiera decir, se cumplía por segunda ocasión con el surgimiento del nuevo país.

En este punto creo importante unir mi reflexión académica a la de otros investigadores de esta etapa; al respecto Pedro Pérez Herrero señala que en el caso mexicano, la Nación no precedió al Estado, sino que su construcción nacional fue posterior, principalmente llevada a cabo por el liberalismo del México independiente, proceso en el que: “los ciudadanos no acababan de nacer, ni los vasallos de morir” (2004:11, 24), dándose en la práctica un híbrido político que reunía formas coloniales y liberales (2001:25, 39). Por su parte Guillermo O’Donnell sostiene que las Naciones son construcciones políticas e ideológicas, resultado de historias, memorias y mitos; y particulariza su afirmación al proponer que para el caso mexicano, este proceso, al que define como *nacional-populista*, partió inicialmente de algunos derechos sociales (muchos de ellos hoy revertidos), posteriormente políticos, y finalmente civiles, aunque estos últimos con ciertos sesgos (2004: 18, 55).

El primer Presidente de la nueva Nación (durante el período de 1824 a 1829) cambió su nombre (Miguel Fernández Félix) por el de *Guadalupe Victoria*; a mi parecer, palabras con una fuerte carga significativa, y vinculadas al fenómeno del sincretismo religioso formado por el catolicismo y las prácticas indígenas. La Virgen de Guadalupe mexicana representa a una mujer mestiza que se encuentra en período de gestación, la propia imagen incluye elementos pertenecientes a la cosmovisión azteca. Un estandarte con dicha imagen fue llevado por el ejército independentista durante la lucha armada, como símbolo de unión entre los mexicanos. Por lo que pudiera interpretar dicha designación nominal de manera semiótica, es

³ Planta de la familia de las cactáceas; también conocida como chumbera.

decir en el sentido de que el proceso del nacimiento de una nueva cultura, mestiza, estaba teniendo lugar, y al lograrse la independencia política, este hecho fue considerado una victoria conseguida por este naciente pueblo.

A fines del siglo XIX el simbolismo guadalupano siguió siendo importante como definidor de la cultura mexicana; a la vez que continuaba su proceso de hibridez. En esos años se le utilizó como un elemento más de la conmemoración del descubrimiento de América, uniendo simbólicamente las fechas del 12 de octubre (fecha del descubrimiento de América) y el 12 de diciembre (fiesta guadalupana).

“En 1895...la Iglesia escoge precisamente esa fecha (12 de octubre)⁴ para las fiestas de coronación de la Virgen de Guadalupe...conjunción entre fiesta religiosa, fiesta cívica y fiesta mundana...Es bien conocida la imbricación entre el culto guadalupano y la construcción de la identidad nacional (mexicana).” (Rodríguez en Blancarte, 1994:154-155).

“La devoción a la Virgen de Guadalupe...se convirtió en el símbolo del nacionalismo mexicano...el culto colonial de esta imagen era expresión de un “protonacionalismo” y...fue parte de la formación de la conciencia nacional mexicana.” (Lafaye en Chocano Mena, 2000:126).

Aunque he venido hablando de independencia política, esto no representa de ninguna manera la independencia económica, social o ideológica. El país quedó surcado por varias circunstancias. Permaneció en México un sector conservador que tenía puestos los ojos en Europa y deseaba la instauración de una Monarquía en el país. El grupo liberal, también llamado *insurgente*, luchaba por desterrar toda vinculación con Europa, con España principalmente, y con los Estados Unidos. Este último grupo fue pasando paulatinamente de su filiación católica hacia la ideología masónica. Cada uno de estos grupos tenía

⁴ Las partes que aparecen entre paréntesis son aclaraciones mías al texto citado.

su propia idea de Nación, como puede apreciarse en los fragmentos siguientes:

“En 1810 irrumpe en el escenario histórico mexicano un nuevo pueblo...México independiente. Los hombres que lo forjaron...estaban divididos: unos se apoyaban en su tradicionalismo católico, mesiánico y monárquico...otros, sostenidos por la razón filosófica ilustrada, estimaban...la solución doctrinal basada en una Constitución política...los representantes de la tendencia...conservadora manifestaban su apasionamiento por el pasado español...Para los liberales, la época de la Colonia no pertenecía a la historia nacional...el nuevo pueblo independizado era la antigua nación mexicana que reanudaba su historia interrumpida...en 1521 (fecha de la toma de Tenochtitlán por el bando militar español). Para la oposición conservadora hispanista, lo que había que desechar eran las reliquias del pasado prehispánico...” (Ortega y Medina en Blancarte, 1994:58).

“Los disidentes religiosos conocidos como protestantes o evangélicos forman parte de la tradición de nuestro liberalismo mexicano...Militaron en las filas de la francmasonería...Recurrir a ese presupuesto de identificar la nacionalidad de los pueblos latinoamericanos con la fe católica sirvió para presentar a los protestantes como enemigos de México y su identidad nacional.” (Mondragón en Blancarte, 1994:306-307, 332).

Durante esta etapa México tuvo gobiernos dictatoriales -como el encabezado por el Presidente Antonio López de Santa Ana, quien gobernó de 1832 a 1855, con algunas interrupciones- y guerras -como la invasión francesa en 1838 y 1862, y la invasión norteamericana de 1846 a 1848 (en la que México perdió casi la mitad de su territorio)-.

Considero que una de las etapas más fecundas, por lo que respecta a las transformaciones sociales, fue el período de gobierno del Presidente Benito Juárez (1858-1864/1867-1872). Quien a través de las llamadas *Leyes de Reforma* (1859), significativo nombre, inició un nuevo giro en la historia de México. Se realizó la separación entre la

Iglesia Católica y el Estado Mexicano, se secularizaron los bienes eclesiásticos, se expulsaron del país las órdenes monásticas, se creó el Registro Civil, se decretó la figura legal del divorcio, se permitió la entrada al país de las religiones protestantes, se dictaminó la libertad de cultos religiosos, se secularizó la educación, se inició la educación formal femenina, se gestionó la llegada de grupos de inmigrantes procedentes de Europa y Estados Unidos. El Presidente Juárez luchó contra el Emperador Maximiliano de Austria (1864-1867), quien se había establecido en el país apoyado por los sectores conservadores mexicanos con el fin de instaurar un Imperio, y a quien finalmente venció.

En el aspecto económico, durante el siglo XIX México contrajo numerosas deudas con el exterior. La vida social se veía continuamente amenazada por una violencia latente en el país. Estas dos problemáticas se intentarían resolver durante el mandato del Presidente Porfirio Díaz, quien gobernó de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911. A través de las relaciones que su gobierno mantuvo con Estados Unidos, Inglaterra y Francia, principalmente, se inició la explotación de los recursos naturales del país, se liquidó la deuda externa, y se tecnificó al país. Sin embargo estos hechos se lograron a través de una fuerte represión social y de una abismal separación entre las clases sociales alta y baja. Su dictadura, con características feudales, recrudecería la vieja lucha social que se concretaría en la Revolución Mexicana de 1910. Dictadura, durante la cual, también se gestaron posturas nacionalistas:

“La generación que en el siglo XX coronaría la corriente mestizófila creció y se formó en el porfiriato...el paradigma social era el afrancesamiento versallesco y el triunfo militar la aniquilación de yaquis y mayas (grupos indígenas mexicanos).” (Basave Benítez, 1992:37).

C) Siglo XX.

Por lo que respecta al fenómeno de la construcción social de la identidad nacional mexicana, puedo señalar que tuvo diversos objetivos, dependiendo de los momentos históricos vividos durante el siglo XIX: al inicio de su etapa independiente el modelo de identidad nacional se encontraba unido a la ideología criolla, iniciadora del movimiento independentista, por lo que el vínculo hispanista era en ese momento el predominante; durante la etapa reformista, se dio un viraje hacia el indigenismo, llegando incluso a posturas anti-hispanistas; con la dictadura del Presidente Porfirio Díaz se intentó afrancesar el país. Es a partir de la Revolución Mexicana cuando la identidad nacional se identificó con la cultura mestiza, insertada dentro de lo que se llamó universalismo (haciendo referencia a la cultura occidental); es decir, valoró el resultado de la fusión entre la cultura hispana y las culturas indígenas -unificadas en la cultura azteca-, pero no con una actitud etnocéntrica, sino de apertura y reconocimiento de la cultura universal, del valor del ser humano, teniendo como objetivo la integración del mexicano al contexto mundial. Sin embargo, una de las circunstancias que llama mi atención es cómo este proyecto nacionalista que tenía como finalidad el universalismo, excluía a las culturas que no fueran occidentales; del mismo modo, la propuesta mestiza marginaba u omitía a las culturas indígenas y a los grupos inmigrantes que también formaban parte del país, puesto que desde sus lineamientos los mexicanos eran únicamente los sectores mestizos.

En este sentido, Enrique Luengo señala:

“La negación del carácter heterogéneo de la cultura latinoamericana y, por consiguiente, la exclusión u omisión de las comunidades indígenas sienta sus raíces en el discurso intelectual del siglo XIX.”

(http://www.hum.gu.se/ibero/publikationer/anales1/pdf_artiklar/luengo.pdf)

Por su parte, Agustín Basave sostiene que,

“La culminación del mestizaje...sigue siendo vista como la condición *sine qua non* para el surgimiento de la verdadera nación mexicana y el mestizo...persiste como el único depositario de la mexicanidad...exaltar al mestizo como símbolo de la identidad nacional.”
(Basave Benítez, 1992:78, 99).

Los teóricos de la Revolución Mexicana de 1910 -militares, políticos, intelectuales y artistas-, se dieron a la tarea de intentar construir una sociedad que pretendían basar en la justicia social; por lo que crearon o reformaron instituciones sociales fundamentales como el sistema político, el educativo y el de la salud. Entre sus objetivos estaban la revalorización del mestizaje y el afán de universalismo, como pilares de la nueva identidad nacional mexicana a la que aspiraban. En este sentido, opino que dichos proyectos se difundieron a través del discurso político, la educación oficial, el arte nacionalista, y los medios masivos de comunicación social; a través de los cuales se fue conformando el imaginario colectivo del pueblo mexicano. Construcción social de la identidad de la que otros investigadores señalan:

“Si la Revolución (Mexicana) poseía un programa...era para crear una nación.” (Tannenbaum en Basave Benítez, 1992:123).

“El objetivo principal del Gobierno Revolucionario era la imposición de un proyecto nacional.” (Arroyo Irigoyen en Fábregas Puig, 1985:33).

“Al igual que la Revolución Francesa y hasta tiempos recientes la Revolución Rusa, la Mexicana es un mito fundador: una especie de cimiento para el edificio mismo de la nación mexicana contemporánea.”
(Savarino Roggero, 1997:17).

El investigador de la *Universidad Autónoma Metropolitana* (México), Jesús Rodríguez Zepeda, agrega en este sentido que la sociedad mexicana construyó su discurso e identidad constitucionales en el siglo XX; identidad política que -según el autor- para unos es real, para otros es inexistente, y para algunos es posible, pero que en todo caso está lejos de la consolidación y del arraigo en la cultura pública de la ciudadanía y de las propias élites políticas, debido a la distancia entre el modelo ideal y la práctica social. Rodríguez Zepeda afirma que la Constitución en México se instituyó como espacio simbólico de los intereses nacionales y como texto unificador de la identidad política del Estado mexicano, siendo heredera de las tradiciones liberal decimonónica y social revolucionaria; Constitución que se ha presentado a sí misma como el momento discursivo de la reconciliación nacional, no sólo del período post-revolucionario sino de toda la historia independiente del país.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Explica el investigador del *Occidental College* (Estados Unidos), Salvador C. Fernández, que Carlos Monsiváis concibe la modernidad en la cultura mexicana como un período socio-histórico y cultural caracterizado por un proceso de integración nacional; el cual se ha ido consolidando políticamente a través de hechos como la reforma agraria, la educación pública, y la nacionalización de los recursos naturales; pudiendo reconocerse como expresiones culturales el muralismo, la poesía patriótica, la narrativa agraria, la música popular y la labor desempeñada por los ensayistas.

(http://tell.fl.purdue.edu/RLA-archive/1994/Spanish-html/Fernandez_Salvador.htm).

Por su parte, el investigador Néstor García Canclini (1999) considera que la obra pictórica de los muralistas mexicanos logró síntesis iconográfica de identidad nacional, al inspirarse en las culturas azteca y maya, y al mezclar sus diseños y colores con la vanguardia europea.

Considero que la inserción de la mujer a la vida nacional, con el reconocimiento de sus derechos civiles, fue otro de los objetivos del proyecto nacionalista revolucionario. Aunque la acción social y política de la mujer mexicana ha estado presente a lo largo de la historia del país; el interés socio-cultural y político hacia la mujer fue parte integrante del proyecto nacionalista de la Revolución Mexicana, y durante el desarrollo del siglo XX, esta postura, y ella misma, han sido elementos activos dentro de dicho fenómeno social⁵.

⁵ En 1904 María Sandoval y Laura Méndez fundan la *Sociedad Protectora de la Mujer*. En 1906 Irene Passemonte y Josefa de Guerra fundan la *Sociedad Femenil Cooperativa*. En 1909 Juana Gutiérrez y Dolores Jiménez fundan el *Club Político Femenil Amigas del Pueblo*. En 1911 Dolores Jiménez funda la organización pro derechos de la mujer, *Regeneración y Concordia*; en ese mismo año se constituye *Amigas del Pueblo*, asociación que solicitó el voto femenino. En 1912 se crea en Yucatán la primera organización femenina campesina. En 1914 se legaliza el divorcio, el derecho a la pensión alimenticia y al manejo y propiedad de bienes; ese mismo año Consuelo Uranga representa a México ante el *Congreso Feminista de París*. En 1915 se realiza el *Primer Congreso Feminista de Yucatán*. En 1917 se otorga la igualdad jurídica de hombres y mujeres dentro de la familia, concediéndole a la mujer el derecho a la patria potestad, la administración de los bienes comunes, y la participación en el sostenimiento del hogar. En 1919 se establece en Yucatán el *Consejo Feminista*. En 1922 se legisla a favor de la educación mixta, incluyente y sexual. Ese mismo año se le concede a la mujer el derecho a participar en las elecciones municipales y estatales en Yucatán, y se crean las *Ligas Feministas* en la Entidad. En 1923, en ese mismo Estado, se elige a las primeras Regidoras, las Profesoras Rosa Torres y Genoveva Pérez, y a las primeras Diputadas, Elvia Carrillo, Beatriz Peniche, y Raquel Dzib. Ese mismo año se celebra en la Ciudad de México el *Primer Congreso Nacional Feminista*. En 1927 se funda la *Liga Orientadora Socialista Femenina*, en Yucatán. En 1928 se funda la *Liga Orientadora de Acción Femenina*; se prohíbe legalmente el sometimiento femenino, y se otorga la libertad de emplearse sin necesidad de la autorización masculina. En 1929 son creados el *Partido Feminista Revolucionario* y el *Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias*. En 1931 se lleva a cabo el *Congreso Nacional de Obreras y Campesinas*, y se establece la *Liga de Acción Femenina*; ese mismo año se crea el *Partido Feminista Revolucionario Tabasqueño*. En 1934 se constituyen los primeros grupos políticos femeninos; se lleva a cabo el *Congreso Panamericano de Mujeres* en la Ciudad de México; y se funda el *Frente de Mujeres Mexicanas*. En 1935 las mujeres mexicanas participan en las votaciones internas de los partidos políticos; se crea el *Frente Único Pro Derechos de la Mujer*, se organiza la *Oficina de Acción Femenina*, y se celebra oficialmente el 8 de marzo como el *Día Internacional de la Mujer*. En 1936 las mujeres mexicanas participan por primera vez en las convenciones partidistas. En 1938 es elegida la primera Presidenta Municipal, Aurora Meza; ese mismo año las mujeres campesinas mexicanas se organizan en ligas femeninas, dirigidas por Refugio Rangel, Lucina Villarreal y Aurora Fernández. En 1947 se otorga el derecho al voto femenino en todo el país. En 1952 se lleva a cabo la *Asamblea Nacional Femenil*. En 1953 se otorga plenitud de derechos ciudadanos a la mujer mexicana. En 1955 las mujeres de todo el país votan en las elecciones federales. En 1964 es electa la primera Senadora, Alicia Arellano. En 1967 María Lavalle es nombrada Presidenta del Senado. En 1975 se eleva a rango constitucional la igualdad entre el hombre y la mujer, así como la libertad sobre el número y espaciamiento de los hijos. Ese mismo año se celebra en la Ciudad de México la primera *Conferencia Mundial sobre la Mujer*. El período comprendido entre 1976 y 1985 es declarado la *Década de la Mujer*. En 1979 es elegida la primera Gobernadora de un Estado de la República, Griselda Álvarez. En

Dentro del proyecto de la construcción social de la identidad nacional, desde sus primeros años post-revolucionarios, se intentó enmarcar al ámbito educativo. Y aunque dicho proyecto educativo abarcaba desde la escolaridad infantil hasta la universitaria, el énfasis nacionalista que se dio a la educación formal primaria, desde mi punto de vista, revistió características especiales; características que interpreto como estrechamente relacionadas con el interés por la construcción social de las nuevas generaciones mexicanas. Algunos de estos hechos pueden apreciarse en la descripción que realizo en los dos párrafos siguientes.

En 1921 se creó la Secretaría de Educación Pública, asumiendo su titularidad José Vasconcelos, uno de los más firmes partidarios de la educación federal. Dicha Secretaría estaba al cargo de la instrucción formal en todo el país, desde los llamados *Jardines de Infancia* hasta la Universidad, regulaba asimismo las Bibliotecas del país y todo lo relacionado con el campo de las Bellas Artes. Durante el desarrollo de la propia Secretaría se fue ampliando su campo de acción, abarcando la educación tecnológica, la educación indígena, las campañas de castellanización y de alfabetización, y los desayunos escolares, por mencionar algunos aspectos. Entre los postulados educativos del proyecto nacional estaba la vinculación de la escuela con la realidad social, considerando a la cultura como uno de los frutos del desarrollo económico del país, y al mismo tiempo recuperando las tradiciones de la cultura universal.

Durante el año de 1921 se dedicó una semana a la niñez mexicana, designada con el nombre de *Semana Educativa del Niño*, durante la que se celebraron diversas actividades culturales que tenían como objetivo fortalecer el sentido patriótico y el espíritu nacionalista mestizo. El carácter popular, democrático y nacionalista que asignaba la Constitución Mexicana de 1917 a la educación en el país, se reflejó

1991 tiene lugar la *Convención Nacional de Mujeres por la Democracia*. En 1996 se establece legalmente que el número de candidaturas a Diputados y Senadores no exceda del setenta por ciento para un mismo género. Hoy día hay en el país, además de los cargos que ya se han mencionado, mujeres Asambleístas, Consejeras, Presidentas de Partidos y Secretarías de Estado.

incluso en la propia arquitectura de los edificios que albergaban a las instituciones educativas; en los que a través de la acción de los muralistas mexicanos se intentó reflejar la cultura nacional, buscando su esencia más profunda, mostrando en sus obras pictóricas las ideas de la época, la vida, las tradiciones, las festividades (populares, religiosas y políticas), y las costumbres del pueblo mexicano, su historia nacional, reuniendo a las distintas regiones geográficas del país, recurriendo también a elementos de la religión católica (que aunque no es oficial, es mayoritaria dentro del territorio nacional), enfatizando la importancia del trabajo intelectual, de las ciencias y de las artes, recurriendo a la personificación de los héroes nacionales, describiendo los paisajes naturales y humanos que conforman al país, haciendo referencia a cada uno de los Estados que integran la República mexicana; de igual modo se ilustraron algunas estrofas de los corridos mexicanos, los cuales relataban musicalmente aspectos relacionados con la Revolución Mexicana.

Como ya he señalado, Vasconcelos fue una de las figuras clave del fenómeno educativo nacionalista mexicano en las primeras décadas del siglo XX; él mismo afirmaba:

“El idioma nacionaliza mejor que la sangre; por ello, uno de los rasgos de mi programa educativo había sido la difusión del libro castellano en asuntos que antes leíamos en francés o en inglés...Me obsesionaba la idea de la Universidad, como base para crear el ministerio, que acaso transformara el alma de México...la necesidad de fundir la propia patria con la gran patria hispanoamericana...Establecí...tres grandes departamentos que abarcaran todos los institutos de cultura...Con el propósito de reforzar lo nacional...Considerando que a la Universidad Nacional corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana...” (José Vasconcelos en Mario Vasconcelos, 1978:24, 27, 107-109, 139-140).

Por su parte, algunos de los estudiosos que han realizado investigaciones sobre este ámbito, mencionan:

“...Vasconcelos fue el mecenas del muralismo y uno de los más conspicuos forjadores de todo el movimiento cultural de la Revolución (Mexicana)...movimiento cultural nacionalista en general...el encargado de enarbolar la bandera de la unificación mestizoamericana...” (Basave Benítez, 1992:114, 130-131).

“La formación del concepto mestizaje es un fenómeno reciente. Fue en el siglo XX en que lo mestizo, ya convertido en mestizaje, ingresa en los esquemas intelectuales y en las propuestas políticas; así, al calor de la Revolución Mexicana, el filósofo José Vasconcelos plantea que el hombre americano, justamente por ser fruto de una intensa mezcla racial, se constituye en ejemplar de la “raza cósmica, fruto de todas las razas anteriores y superación del pasado”.” (Chocano Mena, 2000:11).

En 1959 se creó la *Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos*, como Dependencia de la Secretaría de Educación Pública. Por lo que a partir de esa fecha los libros de texto de la educación primaria han sido oficiales en el país; lo cual no discrimina la edición de otros libros dedicados a esta función, ni el libre consumo por parte de las instituciones educativas o los propios educandos, pero sí obliga a su utilización. Es decir que, absolutamente todos los niños, independientemente de la etnia, lengua, cultura, religión, sexo o clase social, que han cursado la primaria en México desde 1959 han aprendido de los mismos libros oficiales y gratuitos, en los que, desde mi óptica, se han visto reflejados de manera especial los objetivos del proyecto nacionalista de la construcción social de la identidad mexicana; a saber, el desarrollo armónico de las facultades de los educandos con el fin de prepararlos para la vida práctica, fomentando en ellos la conciencia de la solidaridad humana, orientándolos hacia las virtudes cívicas, inculcándoles el amor a la Patria, dándoles a conocer los principales hechos históricos de la evolución democrática de México.

En el esfuerzo por educar al sector infantil percibo la visión de Nación, es decir un conjunto de particularidades regionales que conforman un Estado Nacional; y al mismo tiempo observo los

objetivos planteados por dicho proyecto nacional, que pueden resumirse en la valorización de la imagen mestiza enmarcada dentro del universalismo. Conformación regional-nacional y proyecto nacional que fueron objetivados en la redacción de la Constitución Mexicana⁶.

Los primeros diez años del siglo XX en México, constituyeron el final del período histórico llamado *Porfiriato*; terminó la Dictadura del Presidente Porfirio Díaz y junto con ella la filosofía positivista que había sustentado la ideología del mandato gubernamental. En 1910 dio comienzo la Revolución Mexicana que duró como gesta política hasta 1921. Considero que durante este lapso histórico la sociedad mexicana en su conjunto hizo un nuevo alto en su desarrollo para realizar la doble tarea de mirar dentro y fuera de sí, con el afán de un nuevo reencuentro optimista y fructífero. En 1917 se promulgó una nueva Constitución Política (vigente hoy en día) en la que se plasmó el ideario revolucionario. Veo coincidir así los dos significados de la palabra revolución: lucha y cambio. Durante la guerra y a partir de ella se planteó un cambio de estructuras políticas, económicas, sociales, religiosas y culturales que permitieron la transformación de la sociedad mexicana de principios del siglo XX. De esa época hasta los alrededores de 1940 se vieron realizados muchos de los cambios planteados: se anuló la reelección presidencial; se nacionalizaron los recursos naturales del país; se repartieron tierras; la educación se hizo oficial, gratuita, laica y obligatoria; se realizaron campañas de alfabetización (tanto en lengua castellana como en lenguas indígenas); se promovió la inserción de la mujer en la vida pública; se llevaron a cabo campañas de control natal; se reguló la aparición de partidos políticos; y se dio un nuevo giro al aspecto cultural.

⁶ La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos señala en el Título Primero, Capítulo Primero, Artículo Veintiséis que: "Los fines del proyecto nacional contenidos en esta Constitución determinarán los objetivos de la planeación."; y en su Título Segundo, Capítulo Primero, Artículo Cuarenta, menciona: "Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una República representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos en todo lo concerniente a su régimen interior; pero unidos en una Federación establecida según los principios de esta ley fundamental." (<http://constitucion.presidencia.gob.mx/index.php?idseccion=209>).

Interpreto esta suma de hechos como un viraje, que consistió en un mirar hacia las raíces autóctonas del territorio mexicano; las culturas indígenas cobraron plena vigencia y su influencia se puso de manifiesto en las artes: la pintura se engrandeció con los muralistas Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo, así como con la obra de Frida Kahlo; la música se revistió de sones propios con Silvestre Revueltas, Carlos Chávez y José Pablo Moncayo. La fotografía de Manuel y Lola Álvarez Bravo reflejó tanto la fisonomía del territorio nacional como la de muchos de sus personajes típicos. De igual manera la cinematografía, la danza, la escultura y la propia arquitectura, contagiándose de esta efervescencia, contribuyeron con sus propias manifestaciones al fenómeno de la construcción social de la identidad nacional. A la cinematografía podemos representarla en la figura de Gabriel Figueroa, quien buscó retratar el paisaje mexicano junto con su población. En el caso de la danza es necesario mencionar a la estadounidense naturalizada mexicana Waldeen, quien buscó la conexión entre el cuerpo individual y el cuerpo social-colectivo, reflejando una danza, nacional en esencia y universal en alcance, a través del ballet de masas de corte mexicanista. A la escultura nacionalista-vanguardista podemos ubicarla en la figura de Germán Cueto y en su intento por representar aspectos típicamente mexicanos. La arquitectura puede ejemplificarse con el diseño de la *Ciudad Universitaria* en la Ciudad de México, realizado por los arquitectos Enrique del Moral, Mario Pani y Juan O’Gorman, entre otros; quienes junto con los muralistas mexicanos se dieron a la tarea de representar el llamado *epicentro del movimiento nacionalista*, a través de la fusión del modernismo, el muralismo, el nacionalismo y el universalismo. La literatura recogió voces y giros lingüísticos de las lenguas indígenas y del habla popular mexicana, al mismo tiempo que recreaba a los personajes típicos de las distintas capas sociales que conforman la estructura del país, describiendo su perfil rural y urbano, y haciéndose portavoz de la crítica social. De esta manera la lengua era vista por sus creadores literarios como el producto resultante de la impronta cultural sobre el léxico, la sintaxis y la fonología.

Algunas de las ideas a las que me he referido, podemos unir las a las siguientes citas:

“El muralismo, la novela de la Revolución y la música nacionalista no fueron más que el reflejo artístico de ese despertar de la conciencia colectiva...además de presenciar el surgimiento de las...tendencias pictórica, literaria y musical, la época posrevolucionaria vio florecer un movimiento de indagación sobre lo mexicano...Este aspecto del vuelco de los mexicanos sobre sí mismos...llegó a manifestarse en el cine y en la música popular...” (Basave Benítez, 1992:123, 136).

“Entre 1920 y 1940 el nacionalismo quiere decir fe en los productos nacionales, búsqueda y creación de rasgos específicos, llamados de atención sobre la nueva cultura. Este nacionalismo...se pretende original...es asimilado por individuos y masas, debido a la gran credibilidad que la Revolución (Mexicana) le imprime. Súmense en el reparto del nacionalismo creadores y movimientos: el muralismo mexicano...la narrativa de la Revolución, la música nacionalista...la Gráfica Popular...las artesanías...el teatro...el cine, la historieta, la poesía popular...el periodismo, el discurso político...la cultura popular...la nacionalidad se inventa a diario en las estaciones de radio...toda representación de algo mexicano es, sin duda, la exaltación de lo mexicano...en el periodo 1930-1950, al irse suavizando la violencia revolucionaria, se reemplaza con adecuaciones localistas...Paulatinamente, el nacionalismo más aguerrido pierde el apoyo gubernamental...El nacionalismo revolucionario queda aislado, el nacionalismo sentimental es decorativo, y en el sexenio de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) se tienden puentes entre la ambición modernizadora y la americanización.” (Monsiváis en Bonfil Batalla, 1993:477-488).

“...el impulso nacionalista surgido de la Revolución Mexicana provocó casi inmediatas repercusiones en la literatura, la pintura, la música, etc....lo que se llamaría propiamente la filosofía de lo mexicano, fenómeno que se da en la segunda mitad de la década del cuarenta y principios de la del cincuenta...” (Villegas, 1988:5).

Lo que he denominado *santoral mexicano* se nutrió con la presencia de nombres propios que fueron tomados de las lenguas indígenas. Los objetos decorativos de las diversas culturas autóctonas dejaron de ser únicamente objetivo de turistas para ser parte del hogar mexicano; la indumentaria y el ornamento masculino y femenino se convirtieron en una exaltación orgullosa de lo que, entiendo, empezó a significar el *ser mexicano*. Creo que todo ello fue en cierto modo el resultado práctico de la apropiación que se había logrado con respecto al modelo de identidad nacional que se había venido construyendo desde los primeros años posteriores a la Revolución Mexicana; modelo que formaba ya parte del imaginario colectivo del pueblo mexicano, y de su propia identificación con el proyecto nacional.

Hablo de imaginario colectivo al referirme al fenómeno de la construcción social de la identidad nacional mexicana, considerando que el colectivo mexicano ha ido integrando a su cosmovisión propia el conjunto de imágenes estereotipadas como cultura mexicana a través de una lectura social hecha no sólo a través de la literatura, sino asimilada también por medio de las otras artes, de la educación oficial, y de la ideología política imperante, todo lo cual ha ido conformando su propia imagen, la cual reconoce en él y en los otros integrantes de su grupo social y cultural, permitiéndole identificarse como un nosotros a la vez que diferenciarse de un ellos/otros.

En este sentido, Jesús Martín Barbero (Abril, 1997) al hablar acerca del imaginario nacional sostiene que en el caso mexicano los medios de comunicación han sido decisivos en la formación y difusión del sentimiento nacionalista y la construcción social de la identidad nacional; puesto que el proyecto nacional fue posible, entre otras cosas, gracias a la comunicación de masas urbanas y a su relación con el Estado, que convertía a dichas masas en pueblo, y al pueblo en Nación. Por lo que los medios masivos fueron integrando el imaginario mexicano.

Por su parte Elisa García Barragán, investigadora de la *Universidad Nacional Autónoma de México*, señala que en el fenómeno de la construcción social de la identidad nacional mexicana han jugado

un importante papel, la revolución política y agraria, los intelectuales, la historia, el arte, la literatura y el cine.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Sobre el caso mexicano, Bernardo Subercaseaux opina que ha habido ósmosis entre la cultura culta y artísticamente elaborada y la cultura popular. La Revolución de 1910 llevó consigo la reivindicación simbólica de lo indígena y de la diversidad cultural, y abrió la cultura nacional a la fusión con las culturas indígenas y populares; fenómeno que luego se patentizó en la artesanía, el muralismo, la pintura, la música y la literatura.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

En otro ámbito, Adrian Hastings (1997:27) señala refiriéndose a la Revolución Francesa, que la nacionalidad del pueblo francés no fue creada por la Revolución, pues ya existía con anterioridad a ella, pero necesitó de la Revolución para actualizarse. Lo mismo afirmo con respecto al fenómeno de la nacionalidad en México, no surgió a partir de la Revolución Mexicana, pero ésta le otorgó una impronta particular. Ya he señalado líneas arriba que, el concepto de nacionalidad mexicana durante el siglo XIX partió del hispanismo para volcarse en el indigenismo. Durante el movimiento revolucionario, y a través de la ideología post-revolucionaria, es cuando se propone como modelo de identidad nacional mexicana el concepto de mestizaje más universalidad, de reconocimiento de la fusión de culturas sin perder de vista la riqueza de la cultura universal. En este punto es importante señalar que el modelo de mestizaje que se pretendía potenciar, privilegiaba a determinados grupos y discriminaba a otros; los sectores de origen asiático, árabe y judío, principalmente, sufrieron ataques discriminatorios tanto a nivel social como desde el punto de vista legal, durante estos años. Podemos apreciar lo anteriormente dicho en los pasajes siguientes:

“...gracias al influjo revolucionario, la vinculación mestizaje-nacionalidad se enfiló rumbo a su entronización definitiva...sepultando la quimera del México criollo...lo propio y lo popular eran lo indígena y, cada vez más, lo mestizo...los hispanistas, tanto como los indigenistas, se las ingeniaban para ver al mestizo como uno de los suyos...la nueva *intelligentsia* se preocupó por definir los factores de cohesión que una vez plasmados en la ideología de la Revolución (Mexicana) habrían de unificar al país. El momento histórico exigía dar una expresión concreta de lo mexicano, y dada la efervescencia popular y la fijación de la homogeneidad prevaleciente, el factor de identidad étnica no podía ser otro que el mestizaje.” (Basave Benítez, 1992:121-122, 124).

“Ocurrirá algunas veces, y ha ocurrido ya, en efecto, que la competencia económica nos obligue a cerrar nuestras puertas, tal como lo hace el sajón, a una desmedida irrupción de orientales. Pero, al proceder de esta suerte, nosotros no obedecemos más que a razones de orden económico; reconociendo que no es justo que pueblos como el chino...vengan a degradar la condición humana...” (José Vasconcelos en Mario Vasconcelos, 1978: 147-148).

A partir de 1950 México entró de lleno en la modernización del país, y se inició el fenómeno que transformó a un territorio principalmente rural en otro con marcadas tendencias al urbanismo. Considero que desde ese momento el esnobismo cosmopolita se mezcló con el tradicionalismo, permeándose una y otra vez durante toda la segunda mitad del siglo XX; dando lugar al sincretismo de costumbres y cosmovisiones que conforma a la sociedad mexicana actual. Y permitiendo que a las posturas nacionales que habían estado divididas entre el hispanismo y el indigenismo, se uniera una tercera, la del latinoamericanismo o panamericanismo.

“...en medio de tantas ideas de corte nacionalista, serias diferencias surgieron entre quienes pretendían definir al pueblo mexicano...se podrían identificar tres corrientes de pensamiento que estuvieron presentes en esas discusiones: el indigenismo, el hispanismo y el latinoamericanismo. Las tres tuvieron su lugar tanto en las polémicas de corte elitista como en los ámbitos populares. El indigenismo fue

ligándose...a los proyectos oficiales, mientras que el hispanismo formó parte...del discurso conservador. El latinoamericanismo...intentaba incorporar a los dos anteriores pero con miras hacia el futuro y con la justificación del pasado común..." (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:350).

Este modelo de identidad nacional planteado a partir de la Revolución Mexicana, intentaba en cierto modo comprender en su seno a las diversas identidades regionales que conforman el territorio, a las diferentes y en ocasiones opuestas identidades sociales que integran la estructura social del país, a las ideologías de izquierda como a las de la derecha; pero estas diferencias eran homogeneizadas conceptualmente en el mestizaje. Por lo que se supo mexicano, en términos geográficos, el norteño, el habitante del centro y el del sur; se reconoció como tal el descendiente de europeos, estadounidenses, árabes, judíos, orientales y/o latinoamericanos que habían emigrado al país por diferentes motivos y en diversas épocas; acogió la denominación mexicana el indígena de cualquiera de los grupos étnicos que habitan el país. Sin embargo, dicha identificación como mexicanos implicaba la representación homogénea a la que aspiraba el proyecto nacionalista, por lo que las identidades regionales que continuaban desarrollándose de manera fuerte y aislada dentro del territorio mexicano, como era el caso de la identidad yucateca, eran negadas dentro de la historia oficial del país, o en el mejor de los casos tratadas restándoseles importancia. De igual modo, debo mencionar en este punto la siguiente interrogante, si el proyecto nacionalista mexicano tenía como objetivo la construcción de una identidad mestiza ¿se negaba la existencia a los pueblos netamente indígenas del país? Reflexión que hoy en día ha permitido el inicio de un diálogo dentro de la sociedad y la política mexicanas, al dar comienzo al reconocimiento constitucional de los derechos de los pueblos indígenas.

En torno a estas reflexiones José Antonio Aguilar Rivera, investigador del *Centro de Investigación y Docencia Económicas* (México), apunta que si bien la sociedad norteamericana se imagina así

misma como diversa, es más uniforme de lo que ella misma cree; ocurriendo lo contrario en la sociedad mexicana, la cual se asume como homogénea sin percatarse de su gran diversidad cultural. Como ejemplo palpable de ello, menciona el hecho de la existencia de 62 lenguas indígenas habladas en el país (en el año 2000) ante la única lengua oficial: el castellano.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

El citado investigador opina que en el período post-revolucionario los mexicanos pretendieron erigir una Nación uniformemente mestiza; el mexicano sería un pueblo que compartiría una sola cultura, por lo que indios y españoles desaparecerían para dar lugar a una nueva identidad, siendo ésta la historia oficial durante el siglo XX. Se intentó negar las diferencias de un país heterogéneo. Los hechos que no encajaban con la idea de un país mestizo fueron suprimidos o disminuidos en el relato nacional. Uno de los imaginarios manejados fue el de que México era un país de emigración y no de inmigración; otro imaginario era el de que las dos únicas matrices culturales del país eran la hispánica y la indígena, por lo que los asiáticos, árabes, europeos, estadounidenses, canadienses, caribeños y otros grupos latinoamericanos, judíos, menonitas, y otras minorías étnicas y/o religiosas, no participaban de este fenómeno del mestizaje nacionalista. El mito nacionalista, afirma el autor, también creó la ilusión de la uniformidad político-administrativa, sin contar con que en México han existido grupos que históricamente se han regido de manera autónoma. Dicho mito nacionalista ha llegado incluso a ocultar el fracaso del proyecto nacional en su afán de uniformidad cultural y legal. La memoria del pasado prehispánico era parte del nacionalismo revolucionario, pero no el presente indígena. Entre 1926 y 1950 la mayoría de los extranjeros registrados en México eran europeos (45.000 españoles, 7.000 alemanes, 5.000 franceses, 5.000 polacos, 3.000 italianos, 3.000 ingleses, 2.000 rusos, 1.000 griegos, 1.000 húngaros); en segundo lugar se encontraban americanos (40.000 estadounidenses, 4.000 canadienses, 11.000 centroamericanos); en

tercer lugar provenían de Asia y Medio Oriente (14.000 chinos, 7.500 árabes, 3.600 japoneses, 150 coreanos, 40 filipinos, 28 hindúes). Aguilar Rivera sostiene que tanto en la cultura como en la economía los extranjeros han transformado significativamente la realidad mexicana. La política nacional tenía como objetivo salvaguardar la unidad nacional y la uniformidad cultural a través de la asimilación de los extranjeros. De este modo el grupo étnico de origen europeo denominado *menonita* coexiste en el seno de una sociedad heterogénea con la que no comparten ni siquiera la lengua; estos últimos, los llamados *mormones* y los judíos no son parte del relato oficial, pero sí son una parte constitutiva de la historia de México. Tampoco forma parte del imaginario nacional la discriminación sufrida por grupos minoritarios en la historia mexicana.

Aguilar Rivera señala que la crisis simbólica ha abierto espacios de inclusión a quienes la nación mestiza había dejado fuera de la patria mexicana, por lo que tanto el nacionalismo revolucionario como sus mitos fundacionales se encuentran en decadencia.

En este sentido Judit Bokser afirma que, la concepción de la identidad nacional, tal como fue definida por el pensamiento político y social mexicano, tuvo una influencia determinante. El concepto de mestizaje, esencialmente étnico, se convirtió en un instrumento para crear un marco de pertenencia unificador que desembocó en una concepción de la Nación mexicana que negaba la pluralidad étnica y la diversidad cultural como contrarias a la identidad nacional, fomentando una visión monolítica que aspiró a anular los elementos diversos que realmente la componen.

(http://bv2.dva.es/agenda/sm_agenda/docuementos/documentos_web/identidades_comunica.htm).

Claudio Lomnitz sostiene que, el mecanismo de construcción de la opinión pública mexicana se basó en una visión orgánica de la Nación, manifestándose en la acción pública de grupos populares y en interpretaciones de la realidad socialmente construida por los intelectuales; el nacionalismo revolucionario proponía al mestizo como protagonista de la historia nacional y al Estado como guardián del

territorio nacional, rector de la economía y gestador de la modernidad. A partir de 1988, muchas de las instituciones políticas del país comenzaron a utilizar encuestas de opinión como forma de interpretar y participar en la construcción de la realidad social y cultural de los mexicanos, y por ende, de la identidad nacional.

(<http://www.univdemex.unam.mx/1996/jutago96/jul96i.html>).

Por mi parte interpreto que el concepto que de la identidad nacional mexicana se fue construyendo socialmente durante el siglo XX, empezó con una mirada al pasado, con un rescate de las raíces autóctonas del actual territorio, se estructuró con el ideario propuesto por la Revolución que daría cimiento a muchas de las instituciones sociales contemporáneas, se nutrió del desarrollo cultural gestado a partir de dichas bases, y se revistió de la modernidad propia del siglo. Dando lugar a su identificación como realidad mestiza, sin perder de vista su vocación de ser humano universal, objetivos que como he señalado han sido rectores en el proyecto social de la construcción social de la identidad nacional mexicana durante el siglo XX. Dicho en otras palabras:

“Si bien el nacionalismo ya formaba parte del...bagaje cultural que el México revolucionario heredaba del...siglo XIX, un...impulso introspectivo, con ciertos aires de renovación, se dejó sentir en el país...continuó hasta los primeros años del sexenio avilacamachista (1940-1946)...La “mexicanidad”...siguió preocupando a las élites políticas y académicas durante los años cincuenta y sesenta...Para esas fechas, la manipulación, la demagogia y la consolidación de los estereotipos nacionales habían minado la base popular de...introspección, convirtiéndola en un discurso político...La dimensión filosófica de esa “mexicanidad”...siguió preocupando a una facción importante de la intelectualidad mexicana hasta...los años setenta.”
(Pérez Montfort en Blancarte, 1994:343-344).

Entre los grandes intelectuales del México post-revolucionario que han dedicado parte de su labor reflexiva al fenómeno identitario, están Samuel Ramos, Leopoldo Zea y Octavio Paz, quienes abordan dicha

problemática desde diferentes enfoques; residiendo tal vez ahí la identidad nacional mexicana: en su diversidad, en sus múltiples influencias y confluencias, en su incompleta definición en tanto que construcción social.

“Para volver la espalda a Europa...México se ha acogido al nacionalismo...que es una idea europea.” (Ramos en Basave Benítez, 1992:137).

“La cultura mestiza (de México) que ahora empieza a perfilarse es occidental...pero a pesar de ello, distinta, inconfundible.” (Zea en Basave Benítez, 1992:138).

“...la extraña permanencia de Cortés y la Malinche (símbolos del mestizaje español/indígena dentro del nacionalismo mexicano) en la imaginación y en la sensibilidad de los mexicanos actuales revela que son algo más que figuras históricas: son símbolos de un conflicto secreto, que aún no hemos resuelto.” (Paz en Basave Benítez, 1992:138).

He señalado cómo los proyectos nacionalistas mexicanos fueron del hispanismo al indigenismo durante el siglo XIX, mientras que el proyecto nacionalista revolucionario de 1910 abogó por el mestizaje. Posturas todas ellas, que a mi parecer, privilegiaban un único aspecto étnico-cultural, y dejaban de lado, minimizando u omitiendo, a los varios grupos sociales que no se ajustaran con el modelo propuesto por el proyecto nacionalista en turno. México es, al igual que otros pueblos, un vasto mosaico de etnias, culturas, lenguas y regiones con características propias, en el que existen múltiples identidades, algunas localistas, otras regionales, que conviven con la idea general de la identidad nacional mexicana. El conocer y reconocer la existencia de sus variadas identidades, así como la evolución de cada una de ellas, permitiría posiblemente la construcción social de una identidad

nacional, mexicana en este caso, más acorde con su realidad histórica, pasada y presente, diacrónica y sincrónica.

2.2.4. EL FENÓMENO NACIONALISTA EN YUCATÁN.

Podría parecer, quizá, muy aventurado hablar de la existencia de proyectos nacionalistas yucatecos, atendiendo a su papel político de Entidad Federativa de la Nación mexicana. Pero probablemente no lo sea tanto al detener la mirada en el transcurrir cultural e ideológico de Yucatán, durante su etapa colonial, independiente y contemporánea.

Tuvo Yucatán una configuración territorial distinta a la que tiene actualmente; comprendía dentro de su marcación política a otras -hoy en día- Entidades Federativas, así como abarcaba partes de otros Estados de la República Mexicana y de países centroamericanos. Mantuvo durante la etapa colonial una situación de semi-autonomía en ámbitos políticos y económicos, tanto con respecto de España como de la Nueva España; perteneció durante un tiempo a la Capitanía de los Confines de Guatemala. Se independizó de España, se anexó a México, se separó y unió a él durante el siglo XIX. Experimentó una situación de aislamiento geográfico y cultural con respecto al resto del país hasta mediados del siglo XX. Algunos de estos factores aparecen en la siguiente cita:

“La conquista española de Yucatán se realizó...en forma independiente de la conquista del México central...En la época colonial, Yucatán era una región aislada...En lo administrativo la península (de Yucatán) era una provincia gobernada por un alcalde mayor, más tarde llamado gobernador y capitán general, que en gran parte era autónomo...La provincia (de Yucatán) tenía su propia hacienda real...Después de crearse la Audiencia de Guatemala en 1543, Yucatán estuvo algunos años bajo su jurisdicción...En 1770 la provincia recibió autorización para embarcar libremente en sus puertos los productos de la península...en el siglo XIX...el comercio...ligó a la península con Nueva Orleáns, La Habana, Nueva York y los puertos europeos, más que con Veracruz y México. De esa manera...aumentó más el particularismo

yucateco...A mediados del mismo siglo...la península se separó...de la federación mexicana...No ha sido sino últimamente (1960) que los ferrocarriles, las carreteras y los barcos costeros han ligado con firmeza a la región con la federación mexicana y han terminado con gran parte de su aislamiento respecto al resto de México.” (Cook y Borah, 1978:19-20).

Desde mi punto de vista, todas estas circunstancias permitieron la configuración de una idiosincracia localista y etnocéntrica que se asumía culturalmente, e incluso a nivel político, más como Nación que como Región. La constante exaltación de sus llamados *valores yucatecos*, la imaginada singularidad de su entorno ecológico, la identificación semántica de Yucatán como Patria o País, son conceptualizaciones que han estado, y están, presentes en el imaginario colectivo de la zona. Presento a continuación citas de estas ideas en palabras de algunos de los autores yucatecos aquí analizados; tres de los cuales pertenecen a la temporalidad del presente estudio, es decir la primera mitad del siglo XX, y un cuarto corresponde prácticamente a nuestros días:

“...en eso de divertirse el alma yucateca es una sola. ¿Qué otro ambiente de más fraterna disposición y en qué otro lugar del mundo podía encontrarse algo semejante?...” (Rosado Vega, 1947:94).

“Extranjeros, llama el autor, a quienes han nacido fuera de las fronteras de Yucatán.” (Escoffié Zetina, 1954:1).

“Yucatán es un país extraño...Geológicamente, Yucatán es un país nuevo...Históricamente, Yucatán es un país viejo...Yucatán es, por su naturaleza, un país pobre...”El País sin tierra y sin agua” llamó a Yucatán un viajero, al conocer aquella región tan distinta de las que antes había visitado.” (Molina Font, 1941:15-16, 18-19).

“El orgullo de ser yucateco va por...nuestra manera de ser. Por el suave modo nuestro que nos permite comer como comemos, cantar como cantamos, inventar la gracia espontánea y el ingenio oportuno que

nos hace reír como reímos...nuestro paisaje florido...nuestra tranquilidad y...nuestro tiempo en el que la vida dura el doble..." (Espejo Méndez, *Diario de Yucatán*, 16 de agosto de 2000).

Pudiera decir que más que la postulación de algún proyecto nacionalista en concreto, en Yucatán se ha asumido una identidad cultural diferenciadora del resto de México, y por extensión, del resto del mundo; identidad que ha surgido de manifiesto en determinados momentos de su historia, en situaciones de crisis socioeconómicas, en circunstancias de enfrentamientos ideológicos, así como en períodos de migraciones, convirtiéndose en nacionalismo. Nacionalismo que parece concebir su existencia como esencialista, lo que motiva a los sectores sociales identificados con esta postura a emprender supuestas medidas de defensa ante la imaginada amenaza de su deseada inalterabilidad. En este sentido, expongo el análisis que de estos hechos realiza uno de los autores estudiados, para posteriormente leer la postura de otro de ellos:

"...en la Península (de Yucatán)...se asentaba una nación...una nacionalidad...una cultura que...se diría confinada en una isla y alejada de todo continente...los procesos de aculturación con otras...parecían estrellarse en la monóptica solidez de la misma; aun las asimilaciones de culturas extrañas, las aportaciones y los modos de vida provenientes del exterior, serían...readaptados a los matices de la cultura nacional yucateca...nacionalismo siempre en guardia contra toda intromisión...el vivir y el convivir yucatanenses, mucho de tribalismo y de clan que todo lo...transformaba...y hacía desaparecer en procesos de hibridación cultural...procesos que habían contribuido a crear esa cultura sui géneris y peculiar..." (Amaro Gamboa, 1972:92-96).

"¿Qué sería ahora la Península de Yucatán con el trabajo de este pueblo admirable, digno de respeto y estímulo, sin las divisiones ruines, sin los odios...sin las ambiciones...que ha impuesto aquí...la saña mexicana?...¡Porque Yucatán fue muy rico...mientras no intervinieron en sus destinos...las intrigas de los políticos centralistas de México...!" (Escoffié Zetina, 1954:96, 105-106).

Para intentar comprender la causa de esta identidad yucateca asumida como distinta de la mexicana e incluso amenazada por ella, iniciaré con el suceso histórico al cual interpreto como el detonante de este fenómeno social durante el siglo XX. En 1915, el General Venustiano Carranza, Jefe Constitucionalista de la Revolución Mexicana, envió a Yucatán al General Salvador Alvarado, para implantar en dicha Entidad las medidas emanadas de la gesta política. Con su llegada se iniciaron en el Estado yucateco una serie de transformaciones sociales e ideológicas que marcaron el inicio de una nueva e importante etapa dentro de la historia regional. Coinciden en este sentido algunos de los historiadores yucatecos analizados en la presente investigación:

“Con la llegada del General Alvarado, Yucatán entró en una etapa de intensa labor revolucionaria...determinante en la transformación de la estructura social del Estado.” (Orosa Díaz, 1945:52).

“...la labor de saneamiento social que incansablemente desarrolló el General Alvarado desde los primeros días de su Gobierno (en Yucatán).” (Gamboa Ricalde, 1935:364).

Es precisamente a partir de este fenómeno histórico que percibo el inicio de una verdadera transformación identitaria en la zona. Desde este momento Yucatán fue designada, definida, concebida y tratada como Región por parte del Estado mexicano. Situación que generó en los sectores yucatecos diversas consecuencias: los grupos sociales populares quedaron adscritos a esta nueva categorización regional; las élites de la zona intentaron la defensa de su identificación nacionalista-yucateca; algunos sectores fueron de una escala a otra en un movimiento que respondía en algunos casos a intereses prácticos, y en otros a convicciones personales; dando lugar en ocasiones al surgimiento de una identidad intermedia entre el nacionalismo-yucateco y el nacionalismo mexicano. Algunas de estas distintas posturas pueden apreciarse en las citas siguientes:

“Está, ahora, de moda hacer exhibición de un indianismo exaltado y generalmente insincero, que llega hasta renegar del verdadero origen de nuestra nacionalidad, derivada de la Conquista española...indianismo anti-nacional y absurdo...que ha producido la ruina de Yucatán...por el cual trataba de castigar, en los descendientes de la tercera o cuarta generación, a los criollos y mestizos...” (Molina Font, 1941:58).

“Yucatán, con toda su inmensa riqueza...cayó en manos de los “Carrancistas”...El 19 de Marzo de 1915 entraron a Mérida los 9,000 hombres armados que Alvarado comandaba...Se inició en Yucatán una nueva era: la era del derrumbamiento...Ya es hora de iniciar, organizar, desarrollar y sostener, hasta el triunfo, una lucha cívica, constante, inteligente y cada día más enérgica, en defensa de Yucatán, para que las cosas de nuestro Estado sean nuestras y nadie venga a discutirnoslas...Y esto -lo digo con coraje, con tristeza y con vergüenza- lo presiento casi imposible porque miro y palpo que el espíritu yucatanista parece estar en agonía. ¡Y ojalá me equivoque!” (Escoffié Zetina, 1954:148, 192-193).

“Así hemos estado (incluye a Yucatán) nosotros los mexicanos libres, criollos, mestizos y hasta indios “incorporados”, durante casi un siglo...No ha sido sino hasta la madurez de la Revolución (Mexicana) cuando han podido...poner al indio al mismo nivel que las otras castas...Esta diferenciación...ya no la hace la sangre, sino la riqueza.” (Mediz Bolio, 1956:175).

Los textos analizados me hacen deducir que durante las primeras décadas del siglo XX, los sectores nacionalistas-yucatecos se dieron a la tarea de intentar la defensa de su soberanía, si ya no política, por lo menos cultural. Sin embargo, los procesos sociales de índole política y económica experimentados en la Entidad yucateca, vinculados con su cada vez mayor dependencia del Estado mexicano, así como la paulatina transformación de su sociedad, debida a la asimilación de grupos migratorios y al nuevo fenómeno de la movilidad social, fue debilitando las posturas nacionalistas-yucatecas de la élite, aunque no su identificación cultural. A continuación presento cómo explican dicha

transformación social algunos de los autores estudiados en esta investigación:

“...la sociedad yucateca fue sacudida intensamente...la liberación de los indios de las haciendas (finca agrícola de Yucatán)...la reglamentación...en el agro yucateco...la Constitución de 1917 y las prédicas socialistas...fueron causas que determinaron la modificación de las costumbres e hicieron más móvil y heterogénea la estructura social (yucateca)...La Revolución (Mexicana) vino a...modificar...la tradición y la costumbre...La revolución mexicana llevó a Yucatán sus saludables efectos...a principios de 1918...ya no había esclavos en Yucatán.” (Gamboa Ricalde, 1935:11-12, 33).

“La Revolución de 1910, al trastocar el panorama social y político de Yucatán, hizo llegar también sus influencias en el aspecto cultural...La intelectualidad yucateca fue influida por las corrientes innovadoras y su producción literaria fue puesta al servicio de la nueva causa...produjeron un fuerte interés popular hacia nuestras riquezas arqueológicas...renació un arte de vigorosa influencia mayista.” (Orosa Díaz, 1945:90-91).

Considero que en las décadas de 1950 y 1960 tuvieron lugar varios hechos sociales de particular importancia para el fenómeno aquí analizado. Yucatán quedó unido vía terrestre al resto del país, llegó a la Entidad la señal televisiva de la Federación, y se implantó a nivel nacional el uso de los libros de texto de primaria, concebidos como oficiales, obligatorios, gratuitos, laicos y nacionalistas. El conjunto de estos factores harían girar de manera vertiginosa la conceptualización localista de Yucatán.

La educación federal continuó con la puesta en práctica de los lineamientos nacionalistas revolucionarios, ya adaptados a las nuevas circunstancias del país. La televisión mexicana contribuyó a la difusión de postulados ideológicos y culturales masivos. En ambos fenómenos el uso del español estándar mexicano desempeñó un importante papel, de singulares características para el caso de su confrontación con el llamado *español yucateco* hablado en la región y su manifiesta

impronta de la lengua maya. La comunicación terrestre entre Yucatán y el resto del país permitió una fluida movilización en ambos sentidos, que repercutiría en la influencia cultural de otras zonas mexicanas en la Región yucateca, y en una nueva categorización de su identidad cultural.

Aunque los objetivos de la presente investigación tienen como delimitación temporal el año de 1960, es importante señalar que no interpreto dicha fecha como la etapa final de las transformaciones identitarias habidas en Yucatán. Fenómeno que ha continuado evolucionando, y que seguirá haciéndolo, como todo proceso social.

2.3. REPRESENTACIÓN DISCURSIVA DEL NACIONALISMO.

Al intentar comparar los varios proyectos nacionalistas -descritos en la primera parte de este capítulo- con el mexicano, y con la hipótesis por mí manejada de la existencia de un nacionalismo-yucateco presente en la representación ensayística de la identidad yucateca, he podido observar semejanzas y diferencias entre ellos. Considero que el proyecto nacionalista boliviano es el único de los aquí tratados que no guarda relación con los nacionalismos mexicano y yucateco, al fundamentar su surgimiento y desarrollo en la necesidad de llevar a cabo procesos electorales, fenómeno que no ha sido tratado desde esa óptica en México y en Yucatán. Las interpretaciones académicas hechas en torno al nacionalismo español -que comprende a los nacionalismos gallego, vasco y catalán- manifiestan algunas similitudes con el proyecto mexicano; como el haber sido el Estado quien fomentara dichos proyectos nacionalistas, de la mano de la intelectualidad, la academia, la historia, la religión, el liberalismo, la lucha de Independencia, la promulgación de una Constitución y la exaltación de valores, costumbres y tradiciones.

A mi modo de ver, el nacionalismo mexicano tiene también semejanza con el proyecto chileno en cuanto al papel desempeñado en él por la prensa; la intelectualidad; las campañas de alfabetización y de lectura; el fomento del civismo a través de conmemoraciones oficiales,

instauración de héroes, exaltación del movimiento independentista; así como el objetivo de la nacionalidad homogénea. Proyecto mexicano que al igual que el habido en Colombia se valió de los medios de comunicación masiva y del campo editorial para difundir sus postulados nacionalistas.

Desde mi punto de vista el proyecto nacional mexicano, al igual que el del Cono Sur americano en particular y el de Latinoamérica en general, fundamentó sus objetivos en el establecimiento de momentos fundacionales, la instauración de héroes cívicos, la conmemoración de luchas patrias, el manejo de la práctica artístico/cultural -pintura, música, literatura, arquitectura, museografía-, como medio para alcanzar sus metas nacionalistas, la identificación de un paisaje como representación de *lo típico*, la celebración de fiestas populares, la utilización de símbolos nacionales, y la exaltación de costumbres propias; todo lo cual provenía del ámbito político que intentaba ajustar sus proyectos nacionalistas a sus distintas etapas histórico-sociales, enarbolando constantemente la bandera de la esencialidad y la modernidad.

En lo tocante al nacionalismo español, y comprendiendo dentro de él la existencia y el desarrollo de los nacionalismos catalán, vasco y gallego, quisiera precisar algunas similitudes con el fenómeno nacionalista habido en Yucatán a lo largo de su historia. Este último, pretendió, y consumó durante algunos períodos del siglo XIX, su independencia política con respecto de México; ha aducido características étnicas, lingüísticas, ecológicas y culturales propias; ha tenido momentos de una valoración superior y/o inferior al compararse y distinguirse con y de México; como lo manifiestan algunos de los autores estudiados en esta investigación:

“Yucatán...proclamó su separación de México, el 31 de marzo de 1841...” (Escoffié Zetina, 1954:13).

“...el español que se habla en Yucatán tiene inflexiones guturales de origen maya que lo distinguen del que se habla en las otras partes de

la República (Mexicana)...las dos sociedades étnicamente distintas que formaban españoles y mayas, puestas en contacto en el comienzo de la conquista, se habían fundido en una sola sociedad: la sociedad yucateca.” (Gamboa Ricalde, 1935:26,31).

“Ser yucateco es diferente...irradia orgullo...la gente que nos ve desde fuera lo hace con una “incredulidad admirada”...ningún mar huele como el nuestro...la brisa que nos envuelve es especial.” (Espejo Méndez).

(<http://www.uady.mx/sitios/mayas/yucatan/espe1.html>).

“Esta es la tragedia dolorosa e injusta que vive Yucatán en estos días...lo que fue Yucatán en épocas remotas; lo que llegó a ser, después, por el esfuerzo de sus hijos; lo que es ahora, por la locura reformista de un gobernante iluso, ensoberbecido e impreparado, (se refiere al Presidente mexicano Lázaro Cárdenas) y lo que será muy pronto si no se hacen, desde luego, las rectificaciones necesarias para poner a los yucatecos en posibilidad de reconstruir su economía destrozada y salvar lo que aún pueda salvarse...” (Molina Font, 1941:21).

Por lo que respecta a la identificación de semejanzas entre el desarrollo de un nacionalismo-yucateco y algunos de los nacionalismos latinoamericanos, puedo señalar la cercanía con los habidos en Argentina, Venezuela, Perú, Ecuador, Colombia, Guatemala y Cuba, principalmente, y en menor medida con el nacionalismo chileno.

El proyecto nacionalista en Chile ha manejado la idea, entre otras, de la *excepcionalidad*, partiendo de su origen europeo y de su papel elitista como elementos distintivos de su nacionalidad. Considero que el nacionalismo-yucateco comparte estas dos características dentro de sus lineamientos; veamos esta representación en algunos de los ensayos analizados:

“Hecho indiscutible es que nuestra ciudad (Mérida, Yucatán) fue establecida por los conquistadores; que conquistadores fueron

quienes formaron el primer Cabildo...que la fundación fue obra española...que la cultura iniciada hace cuatro siglos...es el germen y es el núcleo de la que actualmente ostentamos, y que pese a pasiones adversas, llevamos en nuestro ser, en nuestra personalidad individual y colectiva el sello de lo español. En español hablamos, en español pensamos, y puede decirse que en español vivimos y en español amamos y en español sufrimos y también en español morimos...dotes inseparables de nuestro ser..." (Molina en Hijuelos Febles, 1942:328).

"Cuántas veces el hidalgo caballero, de genealogía bien apergaminada, sancionada por autógrafos reales...de los abolengos de los de la Cerda, de la Cámara, Salazar de Montejo, Carrillo de Albornoz y Lara de Bonifaz, o los del Castillo de Toledo, Solís de Montejo, Bravo de Figueroa, Quijanos, de Zavalas, Cárdenas, Escudero, Peón, Cepedas, Meneses, Rivas y Aznar anduvieron galantes corceles...rondando por las rúas silvestres de la Mérida (Yucatán) dieciochesca, en busca de la bella dama que enamorada esperaba inquieta tras la celosía de su morada. Y a fuer de veraz cronista que en estos pórticos de nobles solares se libraron lances y hazañas y sucedieron aventuras y sucesos de galantes hijosdalgos que defendían honores medioevales..." (Rubio Mañé en Hijuelos Febles, 1942:115).

Algunas de las similitudes entre los proyectos nacionalistas de Latinoamérica antes señalados y el yucateco, he podido encontrarlas en la utilización de ciertos elementos -étnicos, coloniales, división de castas, separación entre las élites y el pueblo, origen hispano, exaltación del criollismo, elementos aristocráticos, rasgos esclavistas, exclusión mestiza-indígena-negra, acogimiento de extranjeros occidentales, marginación de extranjeros orientales, etnocentrismo, posturas oligárquicas, prácticas monopólicas- para la definición de su concepción de nacionalidad. Elementos que pueden observarse en los siguientes pasajes:

"El primer amigo que tuve...fue un niño indio que se llamaba Bel Xool. Era maya puro...me lo dieron como compañero de juegos y a la vez como especie de paje o escudero...yo comía en la mesa con mis

padres y él en la cocina...mi padre empezó a llevarme al campo...Bel Xool iba "detrás de mí", como se dice en lengua maya...Me quería reverencialmente y me tenía una fiel y humana adhesión. Un poco de perro leal y un poco de hermano mayor...Mi padre...me preguntó qué cosas más quería yo que me trajesen de la hacienda (finca agrícola de Yucatán) antes de entregarla. Yo le dije: Mi "Bayito"...Mi montura...Mi machete...Mi mesita de escribir...¡Ah!...¡Y Bel Xool!...Mi padre me contestó...Bel Xool es de la hacienda. Lo tengo que entregar con la hacienda." (Mediz Bolio, 1956:28-29, 32).

"Míster James vino de los Estados Unidos a Yucatán, en unión de su esposa, se quedó en Mérida y se hizo más yucateco que el "pixoy" (vocablo maya que designa a un fruto local del árbol del mismo nombre)...El doctor José María Tappan cuenta entre los extranjeros más yucatecos que ha habido en Yucatán...Otros muchos extranjeros ha habido y hay en Yucatán que, enraizados materialmente en esa tierra, fueron y son tan yucatecos como el que más...todos ellos...han contribuido al progreso yucateco. Recordemos...al doctor Gilkey...al doctor Gaumer...al arqueólogo don Teoberto Maller...a don Eloy Haro, comerciante español...a don Miguel Nogués, actor español...a don Leopoldo Tommasi, escultor italiano...a don Mario Loret de Mola, cubano...a don Fernando Urzáis...también cubano...a don Alfonso Cardone, italiano...a don Juan de Arrigunaga, cubano...Dr. Sylvanus G. Morley..." (Rosado Vega, 1947:305, 328, 331-333).

"Los turcos vivían por el rumbo del Arco del Puente (en Mérida, Yucatán). Casi todos ellos tenían tiendas de baratijas...salían a la calle con sus maletas a cuestas...pregonando sus mercancías...Pura pacotilla...Por un centavo perdían el pellejo...Cerca de la calle del Comercio (en Mérida, Yucatán) vivían no sé cuántos chinos de coleta y mandil. Allí tenían sus tiendas donde vendían cosas de su tierra...Al caer la tarde se ponían a fumar en pipas largas...por la noche encendían farolitos...El barrio olía a té y a ciruelas." (Abreu Gómez).

(<http://www.uady.mx/sitios/editoria/biblioteca-virtual/cosas.html>).

Puede apreciarse cómo a partir de la representación literaria - primera cita- se *cosifica* al indígena maya poniéndolo al mismo nivel que los objetos personales del narrador, otorgándole cualidades atribuidas simbólicamente al género animal, distanciándolo de los sujetos considerados sus semejantes, y señalando el grupo étnico al cual pertenece; por otro lado -segunda cita- puede observarse la inclusión de extranjeros occidentales, a los cuales se les da un tratamiento de distinción -don-, mencionándose la nacionalidad de origen y la profesión; en el caso de la tercera cita, los grupos de extranjeros orientales son señalados como colectividad anónima, enfatizando su carácter de otredad, refiriéndose a sus actividades con cierto desprecio, y resaltando su ubicación dentro de barrios marginales de la ciudad; agregando a ello el uso del vocablo *turco* para referirse a la comunidad de origen libanés, término que en Yucatán forma parte del habla coloquial despectiva.

Otras características de los proyectos nacionalistas de Latinoamérica que, desde mi punto de vista, guardan similitud con el nacionalismo-yucateco son: el uso de la lengua, la religión, la historia, la literatura, la toponimia, el territorio, la flora y la fauna, la política, la educación, el periodismo, el arte y la cultura; elementos entendidos y manejados como constituyentes y definitorios de la nacionalidad; y manejados en este sentido por algunos de los escritores yucatecos:

“Defensa del idioma español. Nadie podrá negar que el lazo que más estrecha a todos los países de nuestra raza es la lengua española...Por esta razón debemos tratar de que en nuestra América haya unidad no sólo en el nombre, sino hasta en la expresión de las ideas, y de que esa unidad represente la cuna hispánica...del castellano que hablamos los descendientes de la Madre España...La sección “Hablemos Correctamente”, que publica semanalmente la Liga (de Acción Social) en el “Diario de Yucatán”, obedece a este propósito...” (Cámara Zavala en Hijuelos Febles, 1942:183).

“La centenaria costumbre de estar sujetos a la tutela española, la ignorancia de otras pautas y el idioma, impusieron la necesidad de que

ellos fueran españoles...nació la poesía en el Yucatán posthispanico...Por tanto, hay forzosamente un paralelismo entre el movimiento poético español y el yucateco, partiendo de la raíz de éste, en 1821." (Gamboa Ricalde, 1935:310-311).

"Las Vaquerías (fiestas típicas de Yucatán) representan distintos bailes, que no lo son de indios ni de procedencia indígena, por más que esto se diga...todos los bailes que se acostumbran bailar en las Vaquerías...tienen una sola filiación, una sola ascendencia directa: la Jota española. Puede hasta estimarse que tengamos dos tipos de *jarana*...de la jota aragonesa y...la jota andaluza; pero de todas maneras españolísimo es todo. No hay herencia musical indígena en Yucatán, como han pretendido algunos, y esto lo saben perfectamente los músicos inteligentes de mi tierra." (Rosado Vega, 1947:254, 257).

"Yucatán, pues, es hijo predilecto de la Naturaleza que nos dio un puesto de distinción...No es Yucatán, pues, ni engendro, ni parto de México. Nació aparte y ama a la libertad...La Conquista de Yucatán la hizo Don Francisco de Montejo, y no Don Hernán Cortés que hizo la Conquista de México." (Escoffié Zetina, 1954:5-6, 8).

Asimismo, a partir de los textos estudiados he podido observar cómo el nacionalismo-yucateco recurrió a la utilización de símbolos propios como la bandera, el himno, el escudo, su fundación, las fiestas cívicas y/o populares, las costumbres y tradiciones, las leyendas y crónicas, las luchas contra los naturales, las campañas militares, los héroes y la independencia como justificación de su singularidad; veamos algunos ejemplos:

"En ocasión del nacimiento del hijo de Felipe III...la corona (española) expidió una real cédula...a 30 de abril de 1605, en que comunicó al ayuntamiento de Mérida (Yucatán)...los títulos de Muy Noble y Muy Leal...julio de 1618...a 18 de agosto, el Rey concedió las armas..."un escudo con un león rampante en campo verde, y un castillo torreado en campo azul". (Rubio Mañé, 1941:22, 27).

“El 15 de septiembre de 1821, se proclamó la Independencia de Yucatán...” (Cervantes, 1945:23).

“La bandera yucatanense vio la luz pública el 16 de marzo de 1841 y debió dejar de existir el 15 de diciembre de 1843...En ese año de 1842, la bandera yucatanense era ya el símbolo de la identidad nacional de la Península...” (Durán Esquivel, 2001:14, 17).

“...a la jubilosa conmemoración de la fundación de Mérida (Yucatán), no puede negarse ningún criterio dotado de serena y recta intención. Renegar de esa fundación es renegar de nosotros mismos, es abjurar vergonzosamente de nuestra propia personalidad.” (Molina en Hijuelos Febles, 1942:328).

“Cada día 30 de julio se conmemora(ba) en Mérida (Yucatán) el aniversario de la insurrección indígena que se conoce en la historia yucateca con el nombre de “Guerra de Castas”...Los más grandes próceres de la historia yucateca, desde don Santiago Méndez y don Miguel Barbachano, y don Justo Sierra O’Reilly hasta don Francisco Cantón y don Manuel Cepeda Peraza y don Olegario Molina, todos sin excepción ni discusión juzgaron patriótico y saludable el aniquilamiento de la rebelión maya...el aniversario de la guerra de Tepich (población yucateca donde se inició la sublevación maya) se celebraba como una fiesta luctuosa como una glorificación de los viejos soldados que habían combatido contra los sublevados considerados salvajes...Esto era el homenaje anual a los “héroes de la guerra de castas”.” (Mediz Bolio, 1956:166-167).

En lo referente al proyecto nacionalista colombiano he podido encontrar algunas semejanzas más con respecto al nacionalismo-yucateco, como son la semi-autonomía económico-política y el desarrollo de un fuerte regionalismo; características que encuentro presentes en los siguientes pasajes:

“Tres puntos de vista, muy estimables, se advierten desde luego, singularizando el alma y los destinos comunes de los yucatecos: primero: que Yucatán surgió a la vida separadamente de México, y fue

conquistado aparte...segundo: que la Independencia de Yucatán la consumaron los yucatecos...y tercero: que Yucatán, durante el dominio español, siempre estuvo separado de México, formando una Capitanía General que se entendía directamente con la Real Corona (española)...” (Escoffié Zetina, 1954:10).

“En Yucatán se dio una variante regional del nacionalismo mexicano...En la península (de Yucatán)...La edad mítica...nacional era la maya, no la azteca...En la península, todos estaban conscientes de que si había que buscar las raíces históricas, éstas serían...específicamente locales...también el periodo sucesivo a la Conquista era distinto para los yucatecos. Los “héroes” locales...eran otros respecto a los del “centro” (México). Yucatán vivió experiencias históricas únicas, independizándose dos veces de la Federación (Mexicana) y hundiéndose en la más espantosa guerra civil de la historia mexicana, la Guerra de Castas. La epopeya generada por aquel conflicto alimentó la cultura yucateca por generaciones, estimulando la sensación de que Yucatán había logrado salvarse de la “barbarie” con sus propias fuerzas...Sobre estas bases se había sedimentado un patriotismo regional, que muchas veces estaba en conflicto con la idea de una patria mexicana única. Esta patria (Yucatán) tenía su propia historia, su propia identidad y, naturalmente, sus propios límites simbólicos. Para los intelectuales yucatecos, Yucatán se identifica con la península en su extensión territorial colonial...” (Savarino Roggero, 1997:170-171).

Después del análisis realizado puedo señalar que la existencia de proyectos nacionalistas, varios y diversos, ha sido un fenómeno presente en México, Argentina, Perú y Colombia, principalmente; proyectos que respondieron a intereses político-económicos y que se valieron de la oficialidad, la cultura y el arte para lograr sus objetivos. Algunos de ellos cambiaron con los momentos históricos y otros, aunque convivían en un mismo presente, se diferenciaban por sus posturas ideológicas distintas e incluso opuestas; ejemplo de ello fueron los proyectos nacionalistas surgidos de los grupos conservadores, liberales, indigenistas y panamericanistas.

Características que también fueron parte del nacionalismo-yucateco y de su posterior evolución al regionalismo.

Nacionalismos que se traducían en múltiples imaginarios sociales como resultado de sus muchas conceptualizaciones, dando lugar a los fenómenos sociales de homogeneización/heterogeneidad, inclusión/exclusión, privilegio/marginación, localismo/universalismo.

Asimismo he podido observar semejanzas y diferencias entre los proyectos nacionalistas mexicanos y el nacionalismo-yucateco. Ambos partieron de una estratificación social, educativa y religiosa que dio lugar a las categorizaciones de peninsular, criollo, mestizo, indígena y negro; a las que se sumarían las minorías socio-étnicas y los grupos migratorios. Los dos nacionalismos pasaron por etapas hispanistas, de influencia francesa y/o estadounidense, indigenista, mestiza y panamericana; al igual que convivieron con ideologías conservadoras, liberales, revolucionarias, de izquierda, clericales, masónicas y ateas. Tanto el nacionalismo mexicano como el yucateco se valieron de símbolos con los que representar sus postulados y metas; así como de la creación de estereotipos con los que identificar rasgos propios y definitorios. Presento a continuación algunas de las citas que pueden ejemplificar estos fenómenos:

“En México, una preocupación de los gobiernos posrevolucionarios fue la incorporación de los grupos indígenas a la población blanca, fundiéndolos, homogeneizando la *raza nacional*...ideología posrevolucionaria...ideal representado por el mestizaje...haría coherente la identidad nacional (mexicana).” (Rodríguez en Blancarte, 1994:157).

“La herencia de sangre y de cultura de aquellas dos razas, la española y la maya, y su amalgamación a través de más de cuatro siglos, ha producido como resultado étnico, al actual habitante de Yucatán.” (Gamboa Ricalde, 1935:19).

“...el espíritu indigenista, el hispanista...o panamericanista se intensificaban alrededor de aniversarios y festejos tanto civiles como

religiosos. En fechas tan simbólicas como las fiestas...de la Independencia (mexicana)...de la Virgen de Guadalupe o el Día de las Américas...las alusiones a las diversas corrientes encendían polémicas y revivían conflictos...versiones de las tres corrientes...reducciones y estereotipos...que cada versión identificaba como "mexicano". (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:352).

"El indigenismo y el culto a los mitos revolucionarios fueron los nuevos instrumentos ideológicos adoptados...pretendía rescatar a la "cultura maya"...los mitos populares...el de la "esclavitud" porfiriana y el de "Carrillo Puerto-mártir popular" (Gobernador socialista de Yucatán, 1922-1924), se prestaron eficazmente para ser manipulados y convertidos en instrumentos legitimantes...El imaginario popular fue el más permeable a la embestida cultural...que intentaba reducir toda la cultura popular a unos pocos elementos estereotipados y folclóricos, fácilmente manipulables desde arriba. Esta penetración...avanzó, en los años veinte y treinta, en el mundo de las comunidades rurales (en Yucatán)..." (Savarino Roggero, 1997:421).

Considero que el proyecto nacionalista mexicano que más fuertemente influyó en el nacionalismo-yucateco fue el propuesto por la Revolución, pues a la par de su desarrollo en la región yucateca pueden observarse no sólo cambios sociales, políticos y económicos, sino también a nivel de las representaciones simbólicas, los estereotipos y las categorizaciones conceptuales. Todo lo cual, desde mi punto de vista, propició el paulatino cambio que desde el nacionalismo-yucateco hacia el regionalismo se fue experimentando en Yucatán durante la primera mitad del siglo XX. En este sentido debo mencionar que fue precisamente durante las etapas revolucionaria y socialista vividas en Yucatán (1915-1924) cuando se experimentó la mayor participación pública de la mujer dentro de la sociedad yucateca en el período aquí estudiado. Interpretación personal que puede vincularse a la propuesta a continuación:

“La fundación de unidades políticas en las haciendas (finca agrícola de Yucatán) era una novedad, así como la constitución de ligas para mujeres (“ligas feministas”)...alcanzaron el número de 45 en 1923, con 55 000 mujeres afiliadas. La coordinadora de ellas fue Elvia Carrillo Puerto (socialista), hermana de Felipe (Gobernador socialista de Yucatán, 1922-1924).” (Savarino Roggero, 1997:378).

Si Ernest Renan sostiene, como ya he señalado, que la existencia de una Nación depende de la creencia compartida que de ella poseen sus miembros y del deseo unificado de continuar su vida en común; y Fernando Savater afirma, como también he mencionado, que algunas tradiciones nacionales han aprendido a relativizarse como fuentes exclusivas y excluyentes de legitimación política; sostengo por mi parte que el nacionalismo-yucateco se diversificó transformándose en regionalismo por no ser ya compartido por todos sus miembros y no seguir teniendo un proyecto propio en común. Dicho en otras palabras:

“Otro elemento que cambió...fue la relación entre el estado de Yucatán y la Federación (Mexicana). El celoso regionalismo (yucateco) de antaño, humillado varias veces durante la Revolución (Mexicana), tuvo que sujetarse a una relación mucho más estrecha con el centro (México)...la llegada (a Yucatán) de los gobernantes militares a partir de 1913, y la integración de los partidos regionales en una red nacional, en la década del veinte, acentuó el proceso, convirtiendo en un recuerdo la orgullosa independencia del estado (Yucatán).” (Savarino Roggero, 1997:417).

Transformación que el autor citado observa dentro del propio fenómeno regionalista, y a la que yo interpreto como el paso del nacionalismo-yucateco al regionalismo a partir de su convivencia con el nacionalismo mexicano.

2.4. CONCLUSIÓN.

Después de realizar este breve repaso por algunas Naciones y sus proyectos de construcción nacional, concluyo que los proyectos nacionalistas se basan en varios postulados para construir sus imaginarios nacionales: delimitación de territorio, promulgación de leyes, elaboración de modelos educativos, creación de sistemas políticos, fundación de mitos nacionalistas, manifestación nacionalista a través del arte, utilización de los medios masivos de comunicación social como difusores de objetivos nacionales, manejo de la intelectualidad como fundamento teórico de los proyectos de Nación, e incluso la defensa de posturas que privilegien determinadas ideologías fortalecedoras de los modelos nacionales, así como la discriminación de aquellas consideradas contrarias a dichos proyectos.

De igual manera, dichos proyectos nacionalistas pueden variar a lo largo del tiempo, dependiendo de las circunstancias e intereses históricos, políticos, económicos, sociales, ideológicos y culturales de cada momento. Por supuesto que, en la mayoría de los casos, los proyectos de Nación se derivan de los grupos dominantes y sus intereses particulares, grupos en los que se encuentran representados los sectores políticos, económicos, religiosos, militares y los socialmente poderosos; y a los que los sectores intelectuales y artísticos han prestado en muchas ocasiones su labor cultural.

Asimismo, el estudio realizado me ha permitido observar la confluencia de algunas características comunes presentes en los proyectos nacionales, como son la utilización de la historia nacional; la conmemoración de sucesos relevantes dentro de dicha historia; la construcción de figuras y de símbolos patrios (héroes, banderas, himnos, escudos, monedas); la recreación de características territoriales como identificación nacionalista; el rescate de tradiciones y estereotipos considerados como elementos autóctonos, folclóricos o típicos; la identificación de determinados valores como representativos de la esencia nacionalista; el reconocimiento de lo nacional a través del arte (música, danza, arquitectura, escultura, cine, fotografía); y la

difusión de representaciones, sentimientos e ideologías nacionalistas a través de la literatura (novela, cuento, ensayo, poesía, teatro, periodismo).

Elementos, muchos de ellos, que se han conjugado con otros de naturaleza más propia, es decir, con las circunstancias históricas de cada Nación: problemáticas internas de carácter político, económico, social, étnico, militar y/o religioso; luchas con otras Naciones; transformaciones territoriales.

Por lo anteriormente expuesto, interpreto que las sociedades humanas le han dado carácter de validez a su identificación como grupo social a lo largo de la historia, y a partir del siglo XIX, se han dado a la tarea de institucionalizar dichas representaciones nacionalistas, conformando Naciones, y por ende, otorgando nacionalidades; elaborando proyectos nacionalistas que solidifiquen su idea de Nación, y al mismo tiempo construyendo los caminos materiales e intelectuales a través de los cuales se puedan alcanzar los objetivos nacionalistas propuestos.

Si durante los primeros años del ser humano, éste inicia el descubrimiento de su propio yo, deduzco que los grupos sociales realizan la misma tarea al llevar a cabo distinciones nosotros/ellos. Las Naciones, por su parte, otorgan carácter institucional a este fenómeno identificador y diferenciador a un mismo tiempo. El fenómeno de la identidad nacional es pues un fenómeno común a todos los grupos sociales, sus características propias se derivan de las circunstancias históricas particulares por ellos vividas, lo que tiene como consecuencia lógica la existencia de diferencias culturales; las Naciones, las identidades nacionales y los nacionalismos son al fin de cuentas creaciones sociales de los grupos humanos, aunque los relatos nacionalistas aboguen siempre por la esencialidad de sus razonamientos a la hora de darse a la tarea de construir socialmente Naciones.

Creo que el nacionalismo, como fenómeno social, evoluciona al mismo tiempo que lo hacen las sociedades humanas, por lo que la tarea de construir Naciones es en sí misma una labor cambiante y

creativa; hecho que fundamenta su carácter de producción humana, y que al mismo tiempo relativiza los postulados nacionalistas con intención determinista.

Aunque las Naciones -en su carácter de Estado-, las identidades nacionales como hechos institucionales y los proyectos nacionalistas, han sido la forma como las sociedades humanas han objetivado el fenómeno del nacionalismo, no deberíamos olvidar el carácter de subjetividad que sustenta a éste último, para de esta manera poder racionalizar adecuadamente las consecuencias que de todo este complejo conjunto de factores se desprenden a cada momento.